Tomo XVI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 17

San José, Costa Rica 1928 Sábado 5 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

¿Dónde está la América Latina?

=Del *Diario de Yucatán*. Mérida, México=



Fue una sorpresa para todos o para casi todos. Una sorpresa tan grande que a la evidencia siguió la estupefacción, y muchos se resisten a creer lo que vieron y esperan todavía que la desaparecida resurja y confunda a los culpables.

Se había dicho tanto y en tan elevados tonos de la América Latina! De la joven y vigorosa entidad política; del ser moral forjado al calor de aspiraciones e ideales supremos; de la unificada expresión de intereses comunes y de sagradas y gloriosas tradiciones históricas,—que los pueblos, geográficamente diversos, esparcidos en una continua extensión territorial desaparecían para integrar fuerte y activa e invencible la imponente personalidad del conjunto.

No eran sólo poetas y teorizantes de imaginación tropical los que, transformando emociones y sentimientos de realidades, cantaban en la América Latina al campeón esforzado de «un noble y trascendental destino», nunca precisado. Los sesudos y fríos estadistas europeos, incapaces de realizar el Pan-europeísmo en propia defensa la saludaban como la depositaria del poder llamado a contener la desbordante pujanza del Coloso del Norte. Este mismo llegó a temerla; y mientras la distraía con halagos, se armaba de todas armas para poder resistir al anunciado y fatal encuentro de dos supuestas civilizaciones. Y todos eran lógicos porque obedecían a la fuerza incontrastable de la vida. La conservación individual de los Estados que la componen reclamaba la existencia de la América Latina.

No debía, en consecuencia, dejar de existir. Sería el corazón que haría circular libremente la sangre de muchos pueblos; la conciencia de los más altos principios morales; la encarnación de la justicia, el irreductible derecho de la vida. Se acercaba el momento en que la América Latina se hiciera escuchar. Así lo anunciaban los ecos que repercutían en el extremo de los Andes y engrosados rebasaban las orillas del Bravo. La cita estaba convenida; la justa era inaplazable.

* * *

Terrible y dolorosa desilusión! El campeón de la libertad, de la justicia y de la vida digna de veinte pueblos cayó sin honor. El combate singular no tuvo lugar. Bayardo faltó a la cita. En su lugar se exhibió un «muñeco de paja», dice con incontenible indignación Walter Loppmann, ¡un norteamericano! Lo que apareció en la Sexta Conferencia, escribe con amargura Teja Zabre, fué el fantasma latinoamericano. Cada representación latina se mostró indiferente de la suerte del pueblo hermano. Llegaron divididas; no las dividieron. Celosas unas de otras. Apartadas por mezquinos intereses de tribus, se hostilizaron entre sí. Ni entonces, ni después supieron defender la noble causa común, que es la garantía de vida individual. Todos concurrieron a mantear al único Quijote del latinismo. No fue sólo bajo el deslumbramiento de una oratoria centellante—por ineptos, aduladores, egoístas e incapaces de cooperación internacional; severos calificativos de Loppmann — como entregaron, sin lucha, el común patrimonio. Aún después, en plena calma, hay quien besa la mano que le oprime. No es únicamente la representación oficial de Cuba la que está orgullosamente satisfecha de su suerte; ni Leguía, del Perú, quien sólo ensalza la intervención en las naciones débiles. El delegado chileno Silva Vildósola, en un banquete dado en su honor por el Embajador de su patria con la concurrencia de los periodistas norteamericanos, acaba de declarar que todos — los latinoamericanos — quedaron satisfechos de que la posición de los Estados Unidos es la justa. «No os dáis cuenta, agregó, de que hay fundamentales diferencias entre las naciones latinoamericanas. Ustedes aquí piensan de los latinoamericanos como una unidad, pero existen diferentes civilizaciones y aun diferencias raciales en la América Latina». Confesó que se había convenido ¡los latinoamericanos habían convenido! no tratar el asunto de la intervención. El Brasil oficial está contento de su conducta discreta; él se coloca al margen de la raza; cree haber dejado a todos contentos y espera, en recompensa, ser el tercer intermediario en los conflictos interamericanos; tal vez alguno de los padrinos que ya se sugestionan para autorizar futuras intervenciones. Todas las representaciones, en general, tratan de justificar su actitud ante sus respectivos países.

Así, en el primer encuentro desapareció la raza común. El trascendental destino de los pueblos de un mismo origen ya no existe. No hay dos civilizaciones en pugna. Sólo subsiste la civilización del poderoso. Si los débiles, los enanos, no atropellan, no es por repugnancia moral; es por impotencia.

A tal grado es bochornoso el gesto latinoamericano, que los

mismos a quienes favorecería lo rechazan por inconcebible. Los norteamericanos de ideas rectas y elevadas—y hay muchos—lo condenan. Niegan que sea la expresión de los pueblos. Se la explican por la «consanguinidad política» entre las tiranías y el imperialismo. El doctor John H. Latane, profesor de Historia americana y jefe del Departamento de Historia en la Universidad de Johns Hopkins, en una conferencia sobre «la responsabilidad de la ciudadanía» expresó: «Puede predecirse con seguridad que la conducta seguida en la Habana suscitará más crítica y hostilidad que nunca en toda la América Latina cuando los delegados vuelvan a sus respectivos Estados y sea completamente conocido el carácter insatisfactorio de los resultados de la Conferencia». El sí sabe refutar la argumentación de Mr. Hughes, que hizo enmudecer y aplaudir a los latinoamericanos. «El imperialismo económico, dijo, no tiene que recurrir a tan crudos procedimientos como la anexión. Sus designios pueden cumplirse igualmente bien por otros medios. Justamente ahora su principal instrumento de control en el Caribe es manejado por el Presidente, quien puede rehusar el reconocimiento a un Gobierno desfavorable a las inversiones americanas y con la asistencia de los marinos, como en el caso de Nicaragua, apoyar a algún pretendiente a la presidencia que sea un simple muñeco de nuestro Departamente de Estado». Así se habla desde una cátedra de historia!

Desventuradamente en nuestros países latinos, salvo singulares excepciones de individuos y de respetables órganos de la prensa—*El Tiempo*, de Colombia, ha declarado que Colombia no estuvo representada en la Habana,—un silencio de complicidad, cuando no un elogio criminal, pretenden cubrir la vergüenza que fuera desnudamos. ¿Por qué ocultar la verdad? Si la América Latina ha desaparecido por siempre en la Sexta Conferencia, que los pueblos lo sepan y lo confirmen. Si todavía hay una esperanza; si una postrera reacción puede reavivir el honor y el interés comunes,—entonces ésta debe buscarse directamente en el corazón de cada pueblo, que es donde alienta el sentimiento latinoamericano.

R. Zubaran Capmany

Nueva York, marzo de 1928.

La República de Colombia

Los fundadores de la República escogieron para su bandera los colores que en bello conjunto simbolizaran la sagrada heredad de la patria: Amarillo, azul y rojo! El primero significa el oro que pródigamente guarda la tierra colombiana y todas las riquezas naturales con que la madre natura ha regado ese suelo; el azul, es el color de nuestras montañas y de nuestro cielo; es el color que ha quedado para siempre en la retina de quienes tuvieron su cuna bajo el palio brillante de ese pedazo del trópico. Y el rojo, es la sangre en que generosamente se ha bañado esa tierra desde los días de la Conquista, en la cruenta lucha emancipadora y en las convulsiones de nuestra democracia, gestación dolorosa, como ha sido la de todo organismo que viene a la vida.

Colombia es un país de montañas. Ningún otro país de la América ofrece una topografía tan variada. Los Andes, esa espina dorsal del Nuevo Mundo, al llegar a nuestras fronteras del Sur, se divide en tres ramales, cada uno de ellos tan majestuoso y tan grande, como la mole altiva de que se ufana cada una de las naciones situadas hacia el Sur de nuestro Continente.

Esto ha determinado valles profundos, ríos caudalosos, cimas altivas que coronan las nieves eternas, gran variedad de climas, desde las más frías temperaturas de las zonas templadas hasta el calor sofocante de las zonas tórridas. Climas para todas las razas y para todos los gustos, panoramas imponderables, que cambian a medida que da vueltas la rueda que empuja al viajero. Por vapor, por ferrovía, en carros o a lomo de mula, según las circunstancias lo determinan, siempre ante los ojos un escenario diferente y siempre el horizonte cortado por el magnífico azul de las montañas!

Y esto que será una gran ventaja para el futuro, ha sido el grande obstáculo para el desarrollo de Colombia. País de población relativamente escasa, en razón de su enorme extensión geográfica, no ha podido contar, naturalmente, con los enormes elementos económicos que reunieren sus grandes distancias y las dificultades de su suelo.

Las montañas y la escasez de vías de comunicación fácil, ha determinado secciones de índole muy diferente. Viajando de un lado a otro de Colombia, se encuentra uno con tipos muy distintos en cuanto a su modalidad y acento.

El habitante de las llanuras es hombre de caballería, lento en el hablar, estoico, acostumbrado a vencer las corrientes de los ríos y los potros salvajes. El de la montaña es andariego, conservador, pero unos y otros amigos de la libertad que a pulmón lleno se respira en las pampas y breñas colombianas.

La sección antioqueña, formada por los departamentos de Antioquia y Caldas, la más montañosa de todas las de Colombia, ofrece el grupo étnico, en mi sentir, más robusto de toda la América.

Un puñado de vascos y navarros se estableció allí en los primeros años de la Colonia. Por tendencia atávica, de la parte más montañosa de España, fueron a perderse en las montañas de lo que entonces era el Nuevo Reino de Granada, llamado así por aquella joya quitada entonces a los reyes moros, como se llamó Santa Fé la capital, después Santa Fé de Bogotá y hoy Bogotá, sencillamente, en honor a la ciudadela en que los Soberanos Católicos establecieron su cuartel general en la última etapa de la lucha contra los árabes.

Nadie los molestó allí ni nadie los tasó con impuestos. Cuando el Señor Virrey lo supo, esos montañeses formaban ya un grupo apreciable, grupo que hoy pasa de millón y medio y que desde el centro de Colombia se desparrama por toda ella y funda cada año nuevas poblaciones siempre en las cimas de las montañas a ellos vecinas.

Es así como en lugares que hasta hace veinticinco, treinta, cuarenta años, eran selvas seculares, hoy se alzan ciudades florecientes como Manizales, la cuarta o quinta de la República, Pereira, Armenia, Circacia, etc. en muchas de ellas ya establecidas sucursales de muy importantes bancos extranjeros.

Esa raza trabajadora y que no es más que un exponente de los pujantes elementos con que cuenta Colombia, es de una prolifidad extraordinaria. Las familias cuentan allí los hijos por docenas, hijos robustos, sanos, que crecen y se multiplican al favor del clima sano de esas montañas, cumpliendo así fielmente los preceptos bíblicos y supliendo abundantemente a la falta de emigrantes que Colombia aún no ha podido llevar por escasez de comunicaciones.

La posición geográfica de Colombia es la más favorecida en la América del Sur. Con costas a ambos mares, está cerca del imperio comercial de los Estados Unidos y de los países europeos, para no hablar del Canal de Panamá, puente mundial que nos recuerda una tragedia internacional. Hoy se habla nuevamente de otro canal interoceánico, por nuestro territorio, el que se abrirá algún día. Ríos que casi se tocan, corriendo en direcciones contrarias, uno hacia el Atlántico, otro hacia el Pacífico, invitan a tender una vía más que una los dos océanos.

La colonización en Colombia, se verificó casi a la inversa de la manera como se realizó en todos los demas países de América. En estos fué de las costas hacia el interior y en Colombia los conquistadores, después de un viaje de ocho meses en que murió casi la tercera parte de ellos, fueron a establecerse a Santa Fé en el corazón del país y en una de las altas planicies de los Andes. Luego, desde allí, se desparramaron a hacer fundaciones por el país, fijando sin duda alguna lineamientos mejores para una futura nacionalidad, que contara por sobre todo el mapa buenos núcleos de población.

Aparte de esto, los conquistadores españoles prefirieron los climas de las montañas a los climas ardientes de nuestras costas. Esto mismo explicará la razón por la cual nuestro litoral ha sido la parte más descuidada de Colombia y en don-

de la raza de color ha sentado de preferencia sus reales.

Sin embargo, en la costa contamos con ciudades como Barranquilla que no existía hace unos cien años y cuyo crecimiento es extraordinario, pero un poco desordenado, cosa que mejora, naturalmente, y contamos con Cartagena, llamada por sus fundadores Cartagena de Indias; la ciudad que guarda las mejores tradiciones de la historia de España en América, como que ante sus murallas que en aquel entonces costaron más de doscientos millones de pesos a los soberanos españoles, se libraron las más heroicas batallas contra los ingleses y franceses y contra bucaneros de toda estirpe.

Allí en esa bahía de aguas como nacar, se reunían los galeones de la entonces poderosa España; allí venía todo el oro extraído de las Colonias y de allí partían los convoyes a apuntalar con el retintín de las barras de oro y de plata la caduca monarquía. Por esto Cartagena fué entonces la presa codiciada de los enemigos de la Madre Patria y dentro de sus fortalezas la raza nuestra probó muchas veces el temple de sus armas y de alma de sus soldados.

Una historia de la fundación de Bogotá está unida a una de las más extraordinarias coincidencias de la Conquista. Tres expediciones salidas de puntos diametralmente opuestos y que por años habían vagado por lo desconocido, llegaron a un mismo tiempo a las vegas en que se estableció la ciudad y estos hombres heroicos, en vez de abrir los brazos a sus hermanos blancos, aprestaban los aceros para la lucha, celosos de su autoridad y de sus fueros.

Un letrado, Jiménez de Quesada, fué al fin el elegido de todos. Esto explica la inclinación a las letras que desde su fundación se ha manifestado en el nuevo país. Quizá por lo mismo, en Colombia, como en ningún otro pueblo, ha sido más completa la acción española. Allí los dialectos indígenas desaparecieron y una religión y un sólo idioma vinieron a ser la religión y el idioma de todos, como para acreditar el dicho de cierto escritor inglés cuando afirmó que allí donde fueron los españoles el indio lleva calzones... Cuestión de sistemas, por más que algunos se empeñen en desacreditar los métodos de esa España que daba a sus colonias, bien o mal tratadas, lo que tenía, esto es: su habla, sus creencias, el espíritu de su propia raza.

Como hija fiel de España, Colombia se rebeló buscando vida libre. Entonces luchó fieramente y triunfante en su suelo, sus soldados fueron por todo el Continente, a ayudar a Venezuela que confundió sus esfuerzos con el de Colombia, a ayudar al Ecuador, al Perú y fundar a Bolivia.

Pasada la lucha, ningún otro país ha guardado tan fielmente la herencia. En Colombia la raza española, el idioma, se han conservado cuidadosamente, con orgullo.

Ha sido un país esencialmente tradicionalista. Las luchas allí han sido por cuestiones constitucionales. El personalismo nunca ha florecido allí, menos las dictaduras. Los hombres que han ocupado el solio presidencial, han sido preferentemente hombres civiles, hombres de letras y todos, casi todos, han dejado el poder para morir en honrosa pobreza.

Hoy cuenta el país con unos ocho millones de habitantes. Tiene una extensión geográfica en que holgadamente caben Alemania, Francia y los Países Bajos. En recursos naturales cuenta con cuanto Dios en su bondad ha dado a otros pueblos: oro, plata, esmeraldas, platino, petróleo, carbón, maderas etc.

La gran dificultad para que el país explote todo esto dentro de su mayor beneficio, han sido las vías de comunicación. En la actualidad un ejército de unos treinta mil trabajadores se ocupa en la construcción de carreteras y ferrocarriles. Entre los empréstitos de los Municipios, Estados y Gobierno Central, para obras públicas, últimamente se han obtenido en los mercados extranjeros unos doscientos millones de dólares.

Todo esto augura que en unos cuatro años más el país habrá resuelto en la parte más esencial su sistema de transporte. Entonces abriremos nuestras montañas a corrientes de emigración bien escogidas y fácilmente puede predecirse lo que el porvenir reserva a Colombia.

La paz está sólidamente establecida en el país desde hace más de un cuarto de siglo y el crédito de Colombia ha subido a categoría de país favorecido. Lo mismo su moneda, que hoy se cotiza a la par del dólar.

Confiemos, pues, en que los pueblos hijos de España llegan a su mayor edad y como en las familias sabrán renovar la tradición honorable. No hay duda que la familia hispana en este Continente, en su evolución creciente, será el asiento de las democracias verdaderas y que si la civilización pierde en otra parte su brillo en no lejanos días la semilla regada en los vientres de América surgirá con un prestigio no sospechado.

Enrique Naranjo

Enero 1928.
Boston, Mass. U. S. A.

Extractos

=Del tomo *De la elegancia mientras se duerme.* Grabados en madera de Raúl Monsegur. Editorial Excelsior. París.

Un Diario de extraña factura, desconcertante. Sacamos en limpio algunas de sus páginas; no, por cierto, las más alarmantes y crueles.

Al Sr. Lascano Tegui le damos las gracias por el ejemplar que nos ha enviado y por la ocasión que nos ha dado de tratar a un escritor tan original, argentino domiciliado en París.=

2 Setiembre 18...

Mi vecino el pintor—Truchet se llamaba—no sólo me hizo conocer el espanto. Sus palabras, sus preguntas, fueron, como sus regalos, inquietantes para un niño. Jamás me dió un cobre para caramelos, como dan generalmente los hombres a los otros niños. No; él me daba relojes descompuestos, mucho más interesantes en su silencio que si hubieran andado. Yo los hurgueteaba durante varios días, y cuando volvía a ver al pintor no dejaba de decirle:

—¿Sabe Ud? El reloj que Ud. me dió, lo abrí y lo hice marchar.

Hacer marchar un reloj era para mí algo así como el alto oficio de los inquisidores. Lo que yo hacía era hacer saltar lo poco que aún quedaba de bien en la maquinaria detenida y llenar de aceite la caja del reloj. En su fondo lucían bajo el aceite, aún más dorados, los engranajes. El volante era un anillo de hadas y los rubíes ojos de sirenas vendidos en serie y al menudeo.

3 Setiembre 18...

Otro de los regalos cuyo recuerdo aun perdura fue el de varias banderas con sus astas. En ellas aprendí mi primera geografía. Truchet me dió una bandera amarilla con una águila negra en el medio y me dijo que era la bandera japonesa. Como era amarilla...

Luego me dió otra roja y me dijo que era el pabellón de los cafres de la carne cruda. En una esquina tenía una cruz de San Jorge azul sobre fondo blanco. Y respondió cuando insistí en saber lo que significaba el recorte:

—No te preocupe tan poca cosa. Es un retazo que le han agregado en Manchester los fabricantes de paño.

Mi geografía era digna de un francés. El señor Truchet tuvo la culpa.

27 Noviembre 18...

Al saber que había muerto Madame Roland, su marido, que estaba oculto en una granja, se echó por los campos, decidido a suicidarse. Unos paisanos sintieron un pistoletazo. Era un girondino más que moría.

Al borde del camino lo enterraron, pero tan a flor de tierra, que los niños de los alrededores, con trozos de rama, jugaban a quien primero tocara el cadáver.

Durante un tiempo, el muerto hizo elástica la tierra que lo cubría. A los pocos días, un día de sol se hundió de golpe. A los meses era un bache donde se juntaba agua, que bebían con fruición los mastines de los pastores.

4 Diciembre 18...

Mi madre nos cortaba y cosía la ropa y jamás nos bordó letra alguna ni puso mayor cuidado en nuestras camisas que en el dobladillo de un trapo de cocina. A pesar de sus olvidos de civilizada, crecí fuerte, lo mismo que mi pobre hermano, aquel que sirvió para experimento.

Esa mujer que cumplió con su deber tenía el temperamento de un artista y por eso fué simple en las ropas que hizo para vestirnos. Yo quisiera escribir mis cartas sin dobladillo, con su misma sinceridad y sencillez.

24 Febrero 18...

Nunca pude sufrir los grandes bulevares, inventados por Haussmann. La gente que se hastía y trabaja a lo largo de la calle me recuerda a San Pablo: «El precio del placer es la muerte». Son los sepulcros blanqueados. Mujeres hermosísimas que viven rápidamente, como las mariposas, inseguras de su belleza bajo el yeso y el emplasto de los afeites; hombres que han hecho de las mu-

jeres la prolongación del vientre de sus madres y viven aún del ovario, de su sangre y de su pus; hombres que se han equivocado y hombres que se agachan a recoger un pedacito de papel verde por si encerrara un céntimo o una fortuna; e interrumpiendo los transeuntes, un camarero que carga con una palma dentro de una maceta, para colocarla al borde de la vereda, como si por ahí pasara el camino de Damasco.

4 Abril 18...

El hombre más escéptico ve pasar sin embargo, en una mirada de mujer a la felicidad, que tiene, como dicen los árabes, los talones dorados. Conocí, en mi infancia, una mujer cuya mirada era dulcísima. Su belleza provenía de su debilidad a la vista.

Entraba yo a casa de unas parientas. En ese instante llevaban al asilo a una huérfana que habían criado y que había cometido un gran sacrilegio: se había acostado con un hombre...

No he de ver posiblemente el dolor de la inocencia intensamente reflejado en una pupila humana, como lo ví aquella vez. María Luisa, la huérfana, me miró como podría mirarme un ángel que pasa. Era yo el único hombre entrevisto después de la caída fatal y ya había pasado una semana en la sombra de un altillo comiendo sólo pan duro, bebiendo sólo agua con jabón en castigo de sus faltas. Mis tías eran moralistas rigurosas y eran solteras.

En el asilo de religiosas, la tuberculosis, que es una de las formas amables del hada de Cendrillón, se dijo: «Voy a hacer una obra de caridad» y la niña que me miró con los ojos de un ángel en el trayecto del cielo, esa mujer que había aspirado al enorme título de madre, como las niñas que se ponen almohadas bajo las faldas y se dicen embarazadas—murió una madrugada rodeada por los tiernos cuidados de las religiosas, que estaban «seguras» de que debía morir. Al fin mis tías respiraron. — La voluntad de Dios se ha cumplido—dijo mi tía Javiera—, que nunca tuvo senos y usaba batas de entrecasa con alforjas sobre el pecho.

10 Abril 18...

Viviendo junto al río, en ese agujero inconmensurable del valle del Sena, frente al agua que corre libre, bajo el viento que arranca los árboles de raíz y al sol que tuesta la piel de los pescadores; en el camino que libera de las ciudades, en las rutas donde los vagabundos rumian sus canciones rebeldes, he carecido del sentimiento de autoridad y de la sensación de jerarquía. Mi soledad no ha tenido otro confidente que mi instinto. Hoy, que me he incorporado al resto del mundo en el patio del cuartel, he sufrido como ninguno de mis camaradas puede sufrir. Ellos se quejan de las disciplina y hallan frases con qué hacerlo. Yo no las encontré. Trago mi dolor. Sólo pienso en una sola beatificación. Vengarme. Asociado al amigo que me habla en voz baja dentro del corazón, gritarles mi horror a los hombres que han destruído la belleza de la vida asesinando a los niños.

Yo canto mi infancia en estas páginas que nadie leerá, pues son para mí mismo. A mí no me dieron juguetes que empobrecieran mi hombría y me aconsejaran el ser dócil, y lo que es más triste, a ser común. No. Yo no conocí nunca a los gendarmes en hojalata o cartón con que se entretienen los niños en las ciudades. La justicia es un gendarme pintado que destiñe en nuestras manos. Un gendarme pintado, grabado, incrustado en los alimentos que ingerimos. Es la marca de fábrica de esa sociedad triste de gente desencuadernada que no ha sabido conservar la elegancia de cuando era niño y de cuando el hombre, ese monstruo obeso, felizmente dormía.

25 Mayo 18...

Yo quería vivir mi vida. Tenía en el entonces catorce años, lo que explica mejor mi ansiedad. Un deseo inmoderado de irme lejos me arrastraba por los caminos hasta encontrar la noche. ¿Cómo volvería? El entusiasmo que el espectáculo de la campaña me dió sin reparos siempre me había llevado consigo. Leí a esa edad libros de aventuras por los continentes distantes y salvajes. Las islas que iban a remolque de los dragones en la Edad Media me atraían. Desgraciadamente, ya no existen. Yo quería combatir con los animales feroces y los aborígenes de las tierras mal exploradas. Eran seres incompletos sobre los que veía flotar la vanidosa superioridad del pequeño civilizado.

Conozco de memoria el libro de viajes de Stanley.

Lo he leído y recitado a los chicos de Bujival. La mayoría de ellos son hoy apaches. ¿Y qué son los apaches sino cazadores de fieras que han nacido demasiado tarde?

Fue después de esas lecturas que el mundo se me presentó dividido en dos hemisferios. El hemisferio del arma blanca y el prestigioso hemisferio del revólver.

Y me hice fotografiar con un revólver en la mano.

Visconde de Lascano Tegui

Noticia.—Tenemos ejemplares disponibles *De La elegancia mientras se duerme.* A ₡ 3 el ejemplar.

Correspondencia

Trato de justificarme

Lima 3 de marzo de 1928.
Av. Arica 121

Sr. Antonio Zamora,
Director de *Claridad.*

Buenos Aires.

Muy señor mío:

Difícilmente me da tiempo el tiempo para leer todo lo que me llega. Así, sólo anoche, hojeando su gallarda revista *Claridad*, que Ud. tiene la gentileza de enviarme, me encuentro en el número de octubre 12 del año pasado, con una carta dirigida a Ud. de un Sr. Salomón Wapnir, a quien no conozco, y en la que se me hacen algunos cargos que, de tiempo atrás, me interesaba mucho desvanecer. Quien calla otorga dice el refrán. Y yo he callado mientras los comentarios sobre mi postura política, se redujeron a chismes callejeros o menudos comentarios de corrillo. Pero ya que se trata de justificarme ante América, las acusaciones del señor Wapnir me dan a coger el pelo que dicen tiene en la calva la ocasión. Con ello evitaré que mis amigos del extranjero comulguen con ruedas de molino, de estos molinos que generalmente son de viento.

Dice el señor Wapnir que yo merecí el repudio de la juventud peruana por mi traición a Haya de la Torre. La cosa no me indigna sino que me deja estupefacto sin que me la logre explicar. Yo de Judas Iscariote con el Nuevo Maestro de la Buena Nueva que estamos cantando en las 4 esquinas de la Tierra! La cosa es para colgarse de la primera higuera. Dice el señor Wapnir que después de llamar a Haya «portador de aurora» y dedicarle un retrato parangonándole con el revolucionario de Galilea, escribí «una serie de insultos encaminados a mermar el enorme prestigio de que goza Haya en América».

Probablemente esos insultos consistían en las reiteradas alusiones al susodicho y querido Haya de la Torre en la segunda edición de mi zarandeado libro *La linterna de Diógenes.* Primer insulto, página 212: «ese gran Haya tan dinámico, tan cordial, tan ferviente, tan...» Segundo insulto, página 128: «entre los míos, los que me han precedido o van conmigo en la ascensión azul tiene Ud. a Haya de la Torre, que si no es un literato, es un animador, un agitador de ideales porvenistas, un espíritu lleno de fervores y de horizontes». Estos «insultos» los escribía cuando Haya acababa de ser deportado a México y había consigna de silencio sobre su nombre. O quiza se ha tomado como «insulto» un cuentecillo que escribí no «a indicación del dictador Leguía» precisamente, sino del propio Haya, que cuando yo era para él «el poeta que admiraba sin reservas adelantándose a lo que será un sentimiento ineludible en las generaciones de mañana», me contó que recién venido de su pueblo, pobre y desconocido la primera vez que sintió la embriaguez de un triunfo tribunicio, cuando se vió llevado en hombros de la multitud, esa tarde épica... no había comido. Yo le he prometido a Haya escribir ese episodio. Y cumplí mi promesa. Sólo que el estilo de mi cuentejo no era ditirámbico o epopéyico sino humorístico. Estos son los insultos que yo he escrito contra mi admirador haciéndome reo de una traición digna de la cuerda y del repudio de toda mi generación. Y todo por los treinta dineros de «un tirano». Si existen otros insultos, yo emplazo a «los intelectuales latino americanos que conocen estos hechos perfectamente» según el enterado articulista, o a cualquier hombre honrado de mi país o del extranjero a que me los haga conocer. ¿Y todo esto con qué objeto? me pregunto. A lo mejor no es sino el buen y fraternal deseo de darle mayor importancia al compañero Haya aun a costa de inventarme el papel de Judas. Pobre de mí metido a papelones que exceden mis humildes pretensiones de «literato autor de versos muy bonitos» según mi generoso enjuiciador. La verdad es que si la talla de un hombre se mide por la calidad de sus enemigos,

adversario bien insignificante le han buscado «al valiente e inconmensurable peruano desterrado» cuyo prestigio es tan sólido que no necesita de comedias aunque estas sean la divina del bosque de los Olivos y su judas este «Alberto Guillén, personalidad recia y vibrante y merecedor de todos cuantos adjetivos quieran tributársele». Lo triste del caso es que el mismo Haya ha sido llevado a la comedieta por sus oficiosos y fantásticos informantes, pues cuando llegué yo a México algunos escritores me contaron que Haya decía muy pagado: «Leguía ha hecho escribir un libro contra mí por Alberto Guillén». Desgraciadamente para mí yo tenía algún prestigio en México y Haya se podía dar el gusto de hacer creer que yo me había encargado de desmoronar su talla de gigante. Sensiblemente tal libro no existía, o si aludían a mi *Democracia criolla*, ello no era sino un comentario humorístico de nuestra politiquería donde yo me reía con una risa de doble sentido de nuestros tiranuelos de opereta. Aun tengo entre los dientes esa risa como un cuchillo o un mondadientes.

Y ya que hablé de México donde fuí, según el señor Wapnir, a «desvirtuar la atmósfera anti-imperialista creada por el valiente peruano desterrado» es bueno que diga que fuí allí atraído, como todo americano por la irradiación de ese espíritu continental que es Vasconcelos y ese otro forjador de trocha viva que es Diego Rivera. Lo que siento es no haber adoptado para salir de mi país la cómoda postura de jovencito deportado por el Tirano, para explotar así plañideramente en el extranjero el socorrido papel de víctima. Es el camino, borriquero ya de tan trillado, de toda insignificancia a quien ahoga hasta el vaho de su propio gallinero.

Cuanto al último y más solemne cargo del señor Wapnir de que yo «me he inclinado ante las monedas del tirano» debo confesar que desgraciadamente para mí he acompañado a Leguía en dos memorables ocasiones. Una: cuando creí, como creyó el mismo Haya de la Torre que fue vehemente leguiista, y creímos casi todos los jóvenes que el encumbramiento de Leguía significaba la destrucción de la oligarquía que absorbía todas las fuerzas vitales del Perú convirtiéndolo en un feudo. Y segunda ocasión: cuando creí como creyó todo el Perú y toda América que Leguía que trompeteaba a los 4 vientos su bolivarismo, iba a arreglar definitivamente la cuestión del Pacífico que es el chancro sentimental de mi Perú. En ambos casos creí un deber de patriotismo poner «mi pluma» y el «talento» que tan generosamente me concede el compañero Wapnir, al servicio del «Tirano Leguía».

Espero, señor Director, que su hidalguía periodística acoja esta carta que si no servirá para que los modernos entomólogos me clasifiquen en la «derecha» o en la «izquierda»—yo estoy bien con los 4 horizontes delante—servirá por lo menos para libertarme al fin del forzado e ingrato papel de Judas de Aquel que «me admira sin reservas adelantándose a lo que será un sentimiento ineludible en las generaciones de mañana» y al que yo sigo teniendo como el arrogante y robusto compañero que trae la aurora en los brazos.

Muy de Ud., señor Director,

Alberto Guillén

La voz de la Pacha

=De *Caras y Caretas*. Buenos Aires=

PACHA, decían Tarky, el arriero y su hija a la Pacha-Mama, deidad legendaria que vive en la cumbre de los cerros colorados, que nunca bebe, que se alimenta del aire y que es dueña de las bestias cerreras, del mineral que esconden los roquedos y del agua de los ojos montunos.

Tarky la imaginaba como una vieja menuda, de cutis moreno, ojosa y de boca pequeña. Jamás habíala visto con sus corporales ojos.

La hija del arriero creía que la Pacha era una mujer antañona, de cutis blanco y arrugado, que se amartelaba con los pastores mozos y que se los llevaba para no devolverlos jamás. Se sabía de un tal Sonko, orero y tejedor, que se había perdido al trastornar un cerro de puntas coloradas.

—Se lo ha tragao el cerro—exclamó una vieja hiladora.

—Se lo habrá llevao Coquena—pensó Kanky el más viejo de los arrenderos de don Mario.

Itapaia, la adivina, reparó cómo habían caído las hojas de coca tiradas por su mano, y afirmó:

—Se lo ha llevao la Pacha. No volverá nunca.

Y así como ése, se habían perdido otros pastores mozos, en la tremenda soledad de los cerros yermos.

Tarky y su hija habían ido a la lejana aldehuela a vender costales de lana y cueros de choschoris. Llevaban la carga a lomo de burro.

Por todo el camino casi no se hablaron. La moza iba hilando lana de llama; hilaba el viejo con una puishca antigua para la urdimbre de un poncho listado.

Mientras caminaban cuesta abajo los cuatro burros cenizos, ramoneaban aquí, ramoneaban allá, donde el camino era manchado por las matas de quillagua y esporal.

Pasadas las doce, penetraron en la aldehuela.

Eran los únicos que andaban por las calles. Hilaba el viejo; hilaba la moza.

En las tiendas de comestibles y bebidas se detenían los burros pensando librarse de la carga.

—¿Cuánto pagáis por los cueritos de choschoris?—preguntaba la moza.

—Ni regalaos los quiero, chei—respondía el tendero, después de bostezar, ocodado en el mostrador oliente a vino y a coca.

—¿Cuánto pagáis por el kilo de lana de oveja?

—Salí, chei. Yo no quiero clavos...

Tal la suerte de los que bajaban del cerro natal a ofrecer en venta lo poco que tenían; pieles de choschoris, de llamitas, de cabras o cortes de cordellate o de barracán, o costales de lana de oveja.

Se disponían a regresar con los burros cargados, cuando don Luis, el almacenero blanco y rico que vivía solo, llamó a la moza.

—Chei, ¿a ver?...

El viejo descargó los burros.

Don Luis miraba ahincadamente a la hija de Tarky. Pronto pensó en hacérsela quedar. Se aburría, se aburría solo en su casa de paja y terrón techada de iro.

Acordaron el precio.

El tendero destapó tres botellas de cerveza. «¿Una para cada uno?», se preguntó el viejo Tarky, quien jamás había probado la bebida esa que se iba en espuma.

Don Luis y la moza chocaron los vasos.

Nunca habían topado con un patrón tan generoso.

—¿Te gusta, tatay?—preguntó ella.

—Buena está—respondió el viejo.

El hombre blanco destapó otras tres botellas. «¿Una para cada uno?», tornó a pensar el dueño de los burros.

Bebieron con largura. El arriero recibió la plata cuando ya no la podía contar. Vió entonces, con asombrados ojos, que su hija cruzaba el mostrador y se hacía dueña de casa.

El hombre blanco le llenó las alforjas: tantos kilos de harina flor, tantos kilos de harina en rama, tantas libras de coca, y una punta de chatas de alcohol.

Y lo empujó hacia afuera...

Salió ebrio. La oración se venía encima; poníanse pardos los cerros y se afinaban los vientos de las cordilleras.

Empezó a arrear su recua. Al principio no le obedecían los burros; uno se iba para aquí, otro en derechura del tolar. A lazazos los hizo entender

Era ya tarde la noche, cuando las bestias se detuvieron amedrentadas en una cuesta pina. Caía de arriba la luz de una luna cenicienta.

—Tarky—dijo una mujer entrada en años, que estaba cerquita, sentada en un pedrón negro, hilando con un huso blanco

—Tarky...¿dónde está tu hija?

Tarky comprendió que le hablaba la Pacha-Mama, dueña de las bestias cerriles, de los ojos de agua, del mineral que

guardan los roquedos, dueña del agua y de los montes y del aire.

La miró julepeado.

—¿Dónde está tu hija, Tarky? ¿La vendiste al blanco?

Los burros se atropellaron cuesta abajo, como si hubieran visto culebrear una centellá. El arriero sintió agarrotada la lengua, apretadas las carretillas. Y no podía mover los párpados. Su mirada era ahora una mirada sin fin.

—Tarky, ¿en dónde dejaste tu hija? ¿Se la vendiste al blanco, enemigo de tu raza?

La Pacha hilaba en un huso blanco, sentada en un pedrón negro. En una de sus mejillas se abultaba el acuyico. Despedían sus ojos luz estelar.

—¿La vendiste al blanco, enemigo de tu raza?

El viejo sintió herida su sangre quechua... Volvió los bolsillos, tiró las alforjas, arrojó el acuyico y rompió en las piedras las chatas de alcohol...

Desesperado, se echó cuesta abajo, por donde había venido. Alargábase más que nunca la senda fragosa bañada de luz cenicienta. El fiero viento de la puna lo azuzaba, silbándole a los oídos...

Fausto Burgos

A propósito de Goya

Para el *Repertorio Americano*

El aire mañanero del parque da nueva vida a quien acaba de salir de la atmósfera pesada del Museo de Bellas Artes. Divisábanse a lo lejos, interponiéndose el río con pausado desperezo, los picos de unas sierras no verdecidas todavía. Para pensar no hay como tener en frente una larga distancia, un paisaje escueto por donde la vista, sin obstáculos ni trabas, pueda espaciarse oteando lo infinito. Por eso en las altas cimas se tiene la mayor capacidad de pensar, porque los detalles aparecen como desvanecidos y no se meten por los ojos, como los avisos comerciales, y así la mirada busca un límite que no encuentra y los ojos de la imaginación van más allá del mundo visible tratando de descubrir el sentido recóndito de las cosas. Pensar, soñar, ¿no es casi lo mismo, con perdón de los señores profesores de psicología?

Pensando en la sala visitada y en unos cuadros de Goya, allí expuestos por vez primera, me convencí una vez más de que la tarea del pintor no es narrar, como lo hacen mejor la historia y la literatura, sucesos reales o posibles o quiméricos en relación con el tiempo; no es describir incidentes temporales y espaciales, sino presentar un aspecto permanente de la realidad; hacer una fusión indisoluble de la forma y el color, de lo intelectual y lo sensual, que, al pasar por la conciencia, produzca una experiencia ideal, única e imperecedera.

Hay en la sala visitada un retrato de cuerpo entero pintado por Goya y un busto de Felipe IV por Velásquez. Compárense estos dos retratos y a nadie se le escapará el contraste que existe entre ellos. El color rojo predomina en el de Goya; el gris en el de Velásquez. Hasta aquí la ventaja está de parte del primero, por ser el rojo el color representativo del instinto de dominación peculiar al hombre, y el gris no es un color substantivo. Con todo, el del primero es un rostro que nada dice, como si su dueño no hubiera aprendido nada de la vida, como si el tiempo no hubiera dejado huella alguna reveladora de triunfos alcanzados o dolores sufridos; no hay indicio interno alguno de que sea la cara de un hombre de mundo y no la de un joven sin experiencia. En cambio, el pintor más grande de España y uno de los mayores del mundo nos da una verdad profunda en la fisonomía del rey. No hay que saber historia para darse uno cuenta de que Felipe IV era de carácter débil, tal vez capaz de arranques de testadurez, pero incapaz de una continua firmeza y sujeto siempre a la tutela de un ánimo más fuerte. Ojos vacuos, como los de un soñador o de un enfermo de melancolía; tez de un color pálido indicador de un mal crónico o de falta de ejercicio al aire libre. El primer retrato es una armazón humana, lo superficial, lo que la retina ve, y mal en este caso; el otro es una personalidad, es sobre todo forma significante, arte.

La inclinación de Goya a lo grotesco destruye en muchos casos el efecto de su maravilloso colorido. No se me diga que el pintor aragonés, como lo hacen algunos, se valió de lo grotesco para satirizar las costumbres de la sociedad, ya que si se hubiera propuesto tal cosa, no habría escogido lo grotesco, sino hubiera echado mano de la misma realidad española y habría pintado corridas de toros, como en efecto lo hizo con originalidad y acierto; tipos andrajosos y ataviados, con caras macilentas de hambre o de espiritualidad o con rostros altivos despreciadores de lo carecido y satisfechos con lo poco poseído. No, si tal fué su pensamiento él no conoció a su pueblo. En este sentido puede decirse que es el menos español de los pintores españoles.

Probablemente esta tendencia a lo grotesco tiene su origen en una ingénita aberración. De todos modos constituye un defecto capital de su obra. Lo que pasa es que él se hubiera acercado más a la perfección artística si no se hubiera empeñado en tratar a la pintura como trató a la vida. Vivió y pintó ya con desgano, ya con furia, sin preocuparse de las consecuencias. Podría mostrarse orgulloso de su habilidad técnica; más no amaba sus creaciones, excepto tal vez sus corridas de toros y uno o dos de sus otros cuadros.

Sin embargo, grande fué su aportación a la pintura moderna. Su estilo impresionista, digno complemento de su don visual, de lo cual nacía su capacidad de ver y pintar solamente lo esencial, con economía de detalles, ha dado lugar a que se le llame el padre del impresionismo moderno, sin olvidar de paso que Velásquez merece ser el abuelo. Maestro en el manejo del pincel, bastaban unas cuantas pinceladas para producir el efecto deseado; a veces descartaba el pincel y modelaba con el pulgar, obedeciendo en esto a una necesidad de su temperamento. Lo cierto es que hay que admirarle o detestarle: su vigorosa personalidad no permite términos medios.

Dieron las doce en un reloj vecino y me alejé del parque convencido en definitiva de mi profunda admiración por el colorido goyesco. (Nada place tanto como saber que hay quien sienta un placer genuino en los colores por sí solos.) Aunque su concepción no alcance el nivel superior de su técnica, Goya será siempre un grandísimo pintor, cuya obra, emocionante y fuerte, carece con todo de la facultad de suscitar actividad espiritual.

Julio Mercado

New York, marzo 1928

El testimonio de Ibsen

=Fragmentos de los *Dramas* de Enrique Ibsen, según la traducción de J. Pérez Bances. Tomos 233, 235, 236 y 255 de la BIBLIOTECA CLÁSICA. Librería de los Sucs. de Hernando. Madrid=

3.—*Véanse las entregas* 14 *y* 15 *del tomo en curso.*

En general, en nuestra ciudad domina un buen espíritu: el espíritu de tolerancia, un buen espíritu ciudadano.

*

Pero aquí hay vida, movimiento, progreso: se puede trabajar y luchar por muchas cosas, y eso es lo esencial.

*

La sociedad es como un barco. Todos los que van a bordo deben ayudar.

*

—Sí, sí; la verdad, ni en casa ni en la escuela. En casa no se puede hablar, y en la escuela hay que mentir.

—¿Tiene usted que mentir?

—Sí. ¿No ve usted que nos vemos obligados a decir muchas cosas en que nosotros mismos no creemos?

*

¡Oh, es un sentimiento hermoso la conciencia de que se ha trabajado por el bien de su ciudad, de sus convecinos!

*

Hay que desvanecer la fábula de la infabilidad de los gobernantes. Eso hay que exterminarlo como todas las supersticiones.

*

Como usted sabe, he salido del pueblo y gracias a eso he

tenido ocasión de ver que lo que los humildes necesitan ante todo, es participar en la resolución de los asuntos públicos. Sólo eso puede desarrollar sus facultades, su conciencia, su sentimiento del deber...

*

¡Un periodista tiene una gran responsabilidad si desaprovecha una ocasión favorable para sacudir a la masa, a los pequeños, a los oprimidos! Ya sé que entre los poderosos eso se califica de traición y cosas semejantes. Pero eso no puede hacerme mella. Con tal de que mi conciencia esté limpia...

*

¡Oh, qué bien le hace a uno la conciencia de ir así de la mano de sus convecinos!

*

Si es verdad que quizás velo con algún miedo por mi prestigio, lo hago en interés de la ciudad. Sin autoridad moral no puedo dirigir los negocios públicos en la forma que estimo conveniente para los intereses de la comunidad.

*

—Pero, Otto, piensa en que tu hermano es el que tiene el poder.

—¡Pero yo tengo el derecho!

—Sí, sí; el derecho, el derecho. ¿De qué sirve el derecho sin poder?

—¿Cómo? ¿Es posible que en una sociedad libre el derecho no sea un poder?

*

¿Es que voy a inclinarme cobardemente ante mi hermano y sus malditos partidarios y abandonar la causa de la verdad? ¡No tendría un momento dichoso en mi vida si lo hiciera!

*

—Pues ahora, amigos míos, ya no se trata sólo de la conducción del agua y de la cloaca. No; hay que limpiar, hay que desinfectar la ciudad entera...

—Desinfectar; ésa es la palabra.

*

¿Quién demonios se cuida de si hay peligro o no? Yo lo que hago lo hago en nombre de la verdad y porque mi conciencia me lo pide.

*

—¿Puedes decirme por qué están todos contra ti de ese modo, Otto?

—Sí, Juana, voy a decírtelo. Porque son unos cobardes..., como tú, exactamente. ¡Porque sólo piensan en sí y en sus familias y no en la comunidad!

*

El mayor enemigo de la libertad y de la verdad es la compacta mayoría; esa maldita compacta mayoría liberal, ése es nuestro mayor enemigo.

*

Y yo os digo que la mayoría no tiene nunca el derecho de su parte. Esa es una de las mentiras convencionales corrientes, contra las que tiene que declararse todo hombre pensador y libre. ¿Quién forma la mayoría de los habitantes de un país, los avisados o los tontos? Y creo que todos estaréis conformes en que los tontos dominan en enorme mayoría por toda la inmensidad de la tierra. Pero no puede ser de ningún modo lo justo que los tontos dominen a los inteligentes. *(Escándalo y protestas)*. Sí, sí; podéis acallarme a gritos, pero no contestarme. La mayoría tiene el poder... desgraciadamente... pero no tiene el derecho. El derecho lo tengo yo y algunos otros, individualidades. El derecho lo tiene siempre la minoría.

*

—Vamos, ya que no aristócrata, el doctor se ha hecho revolucionario.

—Sí, señor Haustad, sí; ¡eso sí lo soy! Pues pienso emprender la lucha contra la mentira de que la mayoría esté en posesión de la verdad. ¿Qué casta de verdades son aquellas a cuyo alrededor acostumbra a agruparse la mayoría? Son siempre verdades que han llegado ya a una edad tan provecta que están casi agotadas; pero el haberse vuelto tan vieja una verdad, significa que está en el camino más apropósito para convertirse en una mentira. *(Risas e interrupciones irónicas)*. Sí, sí, podéis creerme o no, pero las verdades no son Matusalenes como los hombres se figuran. Una verdad normalmente construida vive..., bueno, digamos quince, diez, seis, a lo sumo veinte años; muy raramente más. Pero éstas, anticuadas, son terriblemente secas e infecundas. Y sin embargo, sólo entonces la mayoría las comprende y las recomienda a la Humanidad como alimento espiritual. Pero yo os lo aseguro: no hay mucha sustancia nutritiva en semejantes alimentos, y de eso he de saber algo como médico. Todas esas verdades de la mayoría son como tocino rancio, como jamón averiado, y de ello viene el escorbuto moral que reina sobre toda la sociedad.

*

...la masa, la mayoría, la maldita compacta mayoría, es la que envenena nuestras fuentes de vida espiritual e infecta el suelo sobre que vivimos.

*

Las verdades que la masa reconoce son las verdades por las que se luchaba en tiempos de nuestros abuelos. Nosotros, los avanzados de la lucha actual, la verdad ya no la reconocemos, y yo creo que la única verdad segura es la de que ningún pueblo puede vivir de semejantes verdades anticuadas y sin jugo.

*

Esa es la teoría que habéis heredado de nuestros padres y que habéis propagado a los cuatro vientos sin pensar sobre ella: la teoría de que la masa, el montón, la muchedumbre, es el núcleo del pueblo..., más aún, el pueblo mismo..., la doctrina de de que el hombre sencillo, este conciudadano nuestro ignorante, que carece de madurez espiritual, tiene el mismo derecho a emitir su opinión, a gobernar y regir, que los pocos hombres libres y espirituales distinguidos.

*

Pues quiero demostraros que el *Eco del Pueblo* se burla escandalosamente de vosotros cuando os cuenta que el pueblo, la masa, es el verdadero núcleo del pueblo; esto no es más que una mentira de periódico. La multitud no es más que la materia prima, de la que nosotros, los mejores, tenemos que formar un pueblo. *(Sensación, rumores y risas)*. ¿Pero es que no ocurre eso en el resto del Universo? ¿Qué diferencia no hay entre una casta de animales cultivada y otra que no lo está? Mirad una gallina común de un campesino. ¡Qué carne tiene el pobre animal! ¡Apenas sí sirve para nada! ¡Y qué huevos pone la tal gallina! Los que pone un cuervo medio regular valen tanto como ellos. Pero luego coged un gallo cultivado, japonés o español, o un pavo, o un faisán de raza..., y ved entonces la diferencia. Luego voy a permitirme referirme a los perros, de quienes tan cerca estamos. Pensad primeramente en un perro corriente de campesino..., un mastín antipático, miserable, plebeyo, que importuna a todo el mundo en la calleja. Y ahora poned al mastín al lado de un terranova, que desciende desde hace varias generaciones de una buena casa, donde ha recibido buena comida y ha tenido ocasión de oir voces armoniosas y música. ¿No es verdad que el cerebro del terranova se habrá desarrollado de un modo completamente distinto que el del mastín? Sí, podéis tener la seguridad de ello. Esos perros civilizados son los que en manos de los domadores realizan las más increíbles habilidades. Eso no lo podrá hacer jamás, por mucho que se empeñe, un mastín vulgar. *(Carcajadas y escándalo)*.

*

Pero afortunadamente no es más que una mentira tradicional el que la cultura desmoralice. No; embrutecimiento, pobreza y miseria en una palabra, las calamidades todas de la vida, ésas son las causas de la corrupción. En una casa donde no se barre el suelo todos los días (mi mujer opina que hay que fregarlo también, pero sobre eso caben opiniones); en una casa semejante pierde el hombre en dos o tres años la capacidad para pensar y obrar moralmente. La falta de oxígeno debilita la conciencia, sí; y parece que de oxígeno deben andar mal muchas, muchas casas de nuestra ciudad, pues la compacta mayoría puede estar tan falta de conciencia que pretenda edificar la prosperidad sobre cimientos de mentira y engaño.

*

Sí; cuantos viven en la mentira deben ser exterminados como animales. Acabáis por apestar el país entero; le lleváis a un punto en que él mismo merece ser aniquilado. Y si las cosas llegan tan lejos, os lo digo de todo corazón, ¡que perezca todo el país; que sea exterminado el pueblo entero!

*

—Dice que la cosa es un poco difícil cuando se pertenece a un partido...

—En eso tiene razón el buen hombre. Un partido semejante es como una máquina neumática, que poco a poco le va chupando a uno la inteligencia y la conciencia. Por eso hay tantas cabezas vacías.

*

—¡Que no puedo! ¡Sólo hay una cosa que no pueda un hombre libre y con honor! ¿Sabes cuál es?

—No.

—¡Naturalmente! ¡Cómo ibas a saberlo! Bien; voy a decírtelo. ¡Un hombre libre y de honor no debe obrar como un pillo!

*

—¿Pero qué vamos a hacer cuando seamos hombres libres?

—¡Entonces, muchachos, arrojaréis del país a todos los cabecillas de partido, a todos los lobos hambrientos!

*

El hombre más fuerte del mundo es... el que está solo.

(Un enemigo del pueblo)

Con Diego Rivera, ante los muros de la Secretaría de Educación

(Véanse las entregas 13, 14 y 15 del tomo en curso).

3.—En el segundo piso.—El plano del intelecto.—Los *corridos* del tercer piso.—Desde la galería del segundo piso puede apreciarse, en las galerías del frente, el conjunto de los tres pisos: el plano material, el plano del intelecto, el plano del espíritu. Los símbolos me han parecido herméticos; si acaso, en el tono gris del plano intelectual en que nos encontramos, le doy de vez en cuando una razón de ser a los útiles de labranza, a los libros, a una que otra decoración accesible. Don Diego me examina:

—Mire ahí, al frente; en la planta baja está el grupo de alfareros; en el plano del intelecto, están los instrumentos de los cirujanos; en el tercer plano correspondiente, la pintura y la escultura. Puede Ud. observar que la sucesión describe la plasticidad de la materia: en el plano material, los alfareros modelan la materia muerta; en el plano intelectual los cirujanos *plasman* la materia viva; en el plano espiritual la pintura y la escultura representan el ritmo de la materia. La decoración lateral inicia el ascenso con los tejedores, que traman los hilos en el plano material; y remata, en lo alto, con la música, que es trama de ondas sonoras en el plano del espíritu, dejando, en el del intelecto, el símbolo correspondiente que no le es difícil adivinar. Dígame ahora lo que le parezca aquella otra serie de decoraciones.

Teníamos entonces al frente las decoraciones que se inician, en el plano material, con la escena de los cañaverales de azúcar; la decoración correspondiente a esa escena, en el plano del intelecto, era un conjunto de morteros, líquidos, instrumentos que, a no dudarlo, representaban las labores de los químicos; arriba, en el plano del espíritu, había una escena cuya interpretación tuve que preguntar a don Diego, representando la Danza Erótica de la Fecundación. El ascenso, tras corto reflexionar, me pareció claro: en el plano material la transformación de la materia muerta (la caña en dulce y azúcar); en el plano del intelecto la transformación de la materia inorgánica bajo la acción inteligente de los laboratorios químicos; en el plano del espíritu la transformación misteriosa de la materia orgánica en el útero, en donde se une con el espíritu.



De la serie de frescos del Corrido de la Revolución



De la serie de frescos del Corrido de la Revolución

—Aquella otra serie,—me indicó don Diego mientras se me escapaba lentamente hacia otra parte, como guiado por un especial propósito—, que se inicia con el abrazo del campesino y el obrero en el plano material, tiene un natural correspondiente, en el plano del intelecto: la Economía Política y la Ciencia Agronómica; en el plano del espíritu coloqué el Teatro, el final de la Tragedia, la anhelada unión del campesino y el obrero al influjo eterno de Apolo.

Me dejé llevar por don Diego, seguro como estaba de interpretar enseguida, yo solo, las demás relaciones de las escenas del primer piso con los símbolos del segundo y las alegorías del tercero. Estábamos entonces en el pabellón opuesto, viendo el Patio de las Fiestas. Pregunté a don Diego, sin recordar en ese instante la explicación que de ello da el Lic. Vasconcelos en *Indología*, qué significaban aquellos escudos de armas que decoraban, con vivos colores, el plano del intelecto, gris en todo el resto, sobre el Patio de las Fiestas.

—Fué de orden del Sr. Vasconcelos,—me contestó don Diego entre adolorido y resignado—; a pesar de mis protestas él insistió en que le pintara ahí esos escudos, que son los escudos de los estados de México desde el tiempo de la Conquista. Imagínese Ud! Pintar *aquí* resabios medioevales, ostentaciones de las épocas imperiales, en el plano del intelecto! Cuanto he podido es colocar aquí mismo mi protesta.

Y me llevó al pabellón en donde los escudos se inician, frente a la estatua de mármol de Rubén Darío. Leí: «Por acuerdo del C. Secretario de Educación Pública decoran estos muros los escudos de los Estados y Territorios que forman la República Mexicana. Año de MCMXXIII».

Nos dirigimos enseguida al tercer piso; ahí los andamios esperaban a don Diego. Se ocupaba entonces en terminar los personajes del Cancionero popular: Miguel Hidalgo, Pedro Ascencio «el insurgente», José María Morelos; solamente el segundo estaba terminado; también Zapata, mas las escenas que a éste correspondían estaban tan sólo iniciadas y don Diego me invitó, como de cos-

tumbre, a subir con él a los andamios; ahí conversábamos sin que él interrumpiera su trabajo.

—El cancionero popular auna en sí—me contestaba don Diego—, la música, la expresión poemática y la ideología social: es el cancionero, la expresión del verdadero espíritu de un pueblo. Mis héroes de este último piso llevan el recuerdo de sus propios *corridos;* la mayor parte de los que he aprovechado pertenecen a la recopilación de Guerrero; mañana le traeré el libro de donde los tomo.

Trabajaba don Diego cerca de la esquina y quedábamos, al frente, la figura tranquila de Emiliano Zapata; seguirían después Felipe Carrillo, Cuauthémoc; más acá de Zapata, Atilio Montaño. Indico a don Diego que, como el cancionero empieza en don Miguel Hidalgo, bajaré del andamio para copiarlo desde el comienzo. Antes de bajar me explica que el cancionero se extenderá alrededor de todo el tercer piso.

La figura valiente de Miguel Hidalgo está apenas esbozada. Debo explicar que el cancionero va escrito en una guarda blanca, al parecer una cinta, que se desprende del extremo superior de los muros, en forma de guirnalda, y se prolonga en formas caprichosas por sobre las decoraciones. La canción que empieza en don Miguel Hidalgo dice:

«Viva Miguel Hidalgo y Costilla,
que nos dió el Grito de Libertad.
En aquel tiempo los españoles
nos enseñaban la Religión
y nos decían: Indio, crée en este santo,
si no, te mando a la Inquisición.
Pero acabaron aquellos tiempos
en que reinaba la esclavitud,
en que concluimos con los piratas,
con los tiranos del gran Perú».

El último verso termina en el muro de Zapata. Ahí empieza otro corrido:

«En Cuautla Morelos
hubo un hombre muy singular...
justo es ya que se los diga
hablándoles pues en plata,
era Emiliano Zapata,
muy querido por allá...»

Don Emiliano, a caballo, observa a unos indios que, sentados en el suelo, al son de sus guitarras cantan; sigue este *corrido:*

Todo es un mismo partido,
ya no hay con quien pelear.
Compañeros, que no hay guerra,
vámonos a trabajar.

Ya se dieron garantías
a todo el género humano,
lo mismo que al propietario
como para el artesano.



De la serie de frescos del Corrido de la Revolución

Unión!, que es la fuerza santa
de todito el mundo entero.
Paz, Justicia y Libertad,
y Gobierno del Obrero.

Así como los soldados
han servido para la guerra,
que dén frutos a la nación
y que trabajen la tierra.

¿Quién no se siente dichoso
cuando comienza a llover?
Es señal muy evidente
que tendremos que comer.

El oro no vale nada
si no hay alimentación;
es la cuerda del relox
de nuestra generación.

Había escrito únicamente hasta «de nues...». Cuando pregunté a don Diego por el final del verso, me mostró el libro que me ofreciera indicándome que lo había mandado a traer y que podía copiar los trozos señalados por él para escribirlos en el resto de los muros. Respecto a los versos que escribiría en el otro Patio no estaba aún seguro, no había hecho todavía la selección.

Le pregunté por el significado de tres alegorías que había visto bajo el cancionero, conformadas cada una por un personaje principal y otros menores.

—Esas tres alegorías representan la Trinidad Revolucionaria. La primera es el Mantenedor: él en efecto representó el espíritu de la pre-Revolución y por eso tiene una chispa en la mano; a sus pies lo protegen la Esperanza y la Fe. El otro es el Anunciador, el espíritu de la lucha armada; las figuras de arriba representan el Amor y el Dolor, las de abajo la Videncia y la Voluntad. El otro es el Distribuidor, la post-Revolución; también están con él el Dolor y el Amor, pero el Amor con la Prudencia y el Dolor con la Continencia; las figuras de abajo representan la Agricultura y la Industria.

Conversamos nuevamente de Revolución y don Diego me habló extensamente, motivo para capítulo aparte. Luego guardamos silencio mientras yo copiaba, del libro, los versos elegidos por don Diego para escribirlos en el resto de los muros; el dolor está palpitando en ellos:

Si los campos reverdecen
con la ayuda del Creador
es el premio del trabajo
que nos da nuestro Señor.

Quisiera ser hombre grande
en muchas sabidurías
mas mejor quiero tener
que comer todos los días.

Dichoso el árbol que dá
frutos pero muy maduros;
sí, señor, vale más
que todos los pesos duros.

Ya la milpa gilotea,
la mazorca está apretada;
es el sustento del hombre
y la cosa más sagrada.

Qué primoroso está el trigo,
qué hermosas matas se dán;
si Dios quiere en este año
vamos a comer buen pan.

Dan la una, dan las dos,
y el rico siempre pensando
cómo le hará a su dinero
para que se vaya doblando.

Dan las siete de la noche
y el pobre está recostado;
duerme un sueño muy tranquilo
porque se encuentra cansado.

Es el mejor bienestar
que el mexicano desea,
que lo dejen trabajar
para que feliz se vea.

No quiere ya relumbrones
ni palabras sin sentido,
quiere sólo garantías
para su hogar tan querido.

Estas estrofas no aparecen seguidas en el *corrido* original; don Diego las ha seleccionado procurando que, los versos del tercer piso, tengan una relación directa con las decoraciones correspondientes del primero.

Rafael Estrada

Costa Rica. 1928.

El amor de los ríos

Fantasía Amazónica

=De *Las Mil y Una Noches de América*.=

Ucayali, en su más remoto origen, fluye de una laguna no distante del Cuzco. Marañón sólo después de pasar por la estrechez del Pongo de Manseriche va a unirse con Ucayali, en donde empieza el Amazonas.

Una cúspide abuela
sus cabellos de nieve ha derramado sobre mí,
encorvándose para contarme un cuento mágico
que habla del oro del Perú y los diamantes del Brasil.
Es un Poema Cosmogónico
que yo no sé si acierte a repetir,
pero que página es de una Mitología
digna de las trompas de plata y de las liras de marfil.

I

La Princesa Ucayali tiene un amor oculto,
que a nadie le fué dado descubrir.
La Luna ve al galán que de lejanas tierras
viene en alas del viento a ser feliz...
(Príncipe Marañón: todas las noches
entras en el jardín
clásico de la cita, y luego cierras
con la llave sutil
de tu beso la puerta del suspiro
que el corazón a solas ha abierto para ti).

Marañón atraviesa los más tupidos bosques
para ver a Ucayali sólo un instante; y
no sabe que le espían, y que siguen sus pasos,
y que le descubren al fin...

El padre de Ucayali hubo una guerra
con el de Marañón; y ambos, así,
ódianse tanto como sus hijos se aman.
Cuando suena, por eso, la delación servil
en los regios oídos del padre de Ucayali,
bajo el pie brinca un golpe que el trono hace crujir
y hay entre ceja y ceja algo que corre
como arruga de cumbres de uno a otro confín...

Sorprendidos los jóvenes amantes
son esa noche en el jardín;
y Marañón encadenado a Manseriche
prisión perpetua va a sufrir,
en tanto que Ucayali es consagrada,
como Vestal, al Sol, allí
en donde Manco-Cápac, siglos después, el Cuzco
fundó sobre las ruinas del Imperio de Ofir.

Y las Edades pasan como un sueño...

Marañón y Ucayali viven mil
años lejos, llorando en sus prisiones
lágrimas que huyen juntas hacia un otro país...
(Esas lágrimas cuájanse
en los que hoy son diamantes del Brasil).

Guerra el padre del Príncipe a su rival no mueve,
porque se le ha hecho decir
que Marañón responde con su vida
preguntas que resuenan por boca de clarín.

Y la Tragedia muda se desdobla en los siglos,
como en teatro pretérito un símbolo febril,
en que los personajes háblanse solamente
con los ojos, en una pantomima sin fin...

II

Hay un paréntesis que urde
la fuga de los dos
prisioneros: la Virgen consagrada
para toda su vida al Sol
y el Príncipe estrechado entre los muros
graníticos de su dolor.

Así, Ucayali salta un día
por sobre el cerco en que su padre la encerró,
y huye desesperada por los bosques
en busca de su muerte o de su amor;
y, a la vez, perforando los muros que lo estrechan,
llega a escaparse Marañón...

Los centinelas de los Andes
prorrumpen en unánime clamor...

Se ve de todas las alturas
bajar a los guardianes, en la persecusión
de la Vestal y el Príncipe, que logran
confundirse en el nudo de un abrazo de amor,
con que, al fin, los acoge el Rey anciano
padre de Marañón.

Amazonas, que blanden lanzas
en cuya punta tiembla quizás de miedo el Sol,
salen contra el tumulto
que de los fugitivos corre en pos;
y hay un brusco combate
de ramayanesco fragor,
en que Vestal y Príncipe
y Rey toda la sangre dan de su corazón...
(Esa sangre se cuaja en las arenas
de oro que los Ríos del Perú arrastran hoy).

Y Rey, Vestal y Príncipe y sus perseguidores
ríos se tornan por mandato del Buen Dios;
y el Amazonas corre... hacia el Oriente
celebrando el amor
con que en sus brazos se unen
para siempre Ucayali y Marañón.

....

Tal el Poema Cosmogónico
que no sé si he acertado a repetir,
pero que página es de una Mitología
digna de las trompas de plata y de las liras de marfil...
Una cúspide abuela
sus cabellos de plata ha derramado sobre mí,
encorvándose para contarme el cuento mágico
que habla del oro del Perú y los diamantes del Brasil.

José Santos Chocano

En el homenaje lírico ofrecido a Rosalina Coelho Lisboa de Miller, en Lima, Perú-1928.

Marinetti

Oralismo y literatura

He oído al Sr. Marinetti en el Círculo de Bellas Artes, y, la verdad, no me ha parecido tan terrible como pudiera juzgarse por los manifiestos futuristas. Desde estos documentos han pasado bastantes años, en los cuales el Sr. Marinetti no ha destruído a Venecia, ni ha incendiado biblioteca ni Museo alguno. Ramón Gómez de la Serna ha contado que cuando se tradujo al español uno de los manifiestos futuristas se pidieron ocho años de presidio para el traductor. Ignoro la autenticidad del dato. Admitida, indicaría que el ministerio fiscal creyó habérselas con un tremendo anarquista, quizá por falta de experiencia de estas explosiones literarias, que casi siempre se quedan en literatura, y, por lo general, en mediana literatura. No se sigue de ahí que yo disculpe, ni menos apruebe, la bárbara doctrina de la destrucción de las bibliotecas, los museos y los monumentos artísticos. No se debe jugar con estas cosas. Aunque tales soflamas no sean más que figuras literarias, pueden despertar malos pensamientos en algún cerebro excitable y obscuro. No hay que suscitar Erostratos. En Londres se dió el caso de una sufragista que, para demostrar su disconformidad con el sistema electoral, infirió lesiones, por fortuna menos graves, a la *Venus del espejo*, de Velázquez que se conserva, en la National Gallery. Los cuadros, que son inocentes de la política, han pagado más de una vez la cólera de los disidentes.

* * *

El Sr. Marinetti parece un hombre cordial y simpático. Confieso que le he hallado cierto aire de comisionista de comercio; pero ésta es una impresión subjetiva, en que no hay intención de ofensa ni para el futurista ni para los viajantes. Me ha parecido un sujeto expansivo, suelto de palabra y de ademanes, muy apto para la propaganda de cualquier artículo, sea poético o comercial.

El Sr. Marinetti es orador. Habla muy bien en italiano y en francés y no escatima el ademán oratorio. Apologista de la velocidad, su oratoria tiene este mérito. Ha habido una época en que el hacer sudar a los taquígrafos con una palabra torrencial, que daba muchos litros de elocuencia por minuto, se consideraba como una de las más concluyentes demostraciones del mérito oratorio. En una de estas carreras de velocidad, el Sr. Marinetti no se quedaría atrás. Hay que reconocer, en justicia, que aunque partidario de las *palabras en libertad*, en sus conferencias respeta a la sintaxis más que a los museos en sus manifiestos. La insurrección de las palabras las deja para la poesía.

Es además un gran recitador o declamador. Se podría decir que *representa* sus poesías como los antiguos *aedas*, tal el *Ion*, de Sócrates. Da mucho relieve a la onomatopeya, por lo cual recuerda a los imitadores y parodistas de voces humanas o del reino zoológico que amenizan con su talento particular los espectáculos públicos. Entre una poesía de Marinetti declamada por el autor y la misma poesía leída hay la diferencia del día a la noche. Recitada la poesía, adquiere cierta vitalidad momentánea, no exenta de efectos cómicos, pero que entretiene al oyente; leída, se parece a los *monstruos* de las zarzuelas, a la letra incoherente que solían improvisar los autores del libreto para retener el compás de la música, sin perjuicio de substituir el texto informe por un cantable que significara algo o por un *monstruo* menor que tuviese cierta apariencia de lenguaje humano.



Marinetti

(*Dibujo de* Sancha).

* * *

Es la diferencia entre el oralismo y la literatura. El oralismo es una expresión primitiva, sensible, ligada a la audición. La literatura es letra, expresión que aspira a la permanencia, que no se reduce a un momentáneo efecto emocional, vago y confuso, sino que pretende cierta racionalidad y entra en conversación con la inteligencia. Los conatos poéticos de balbuceo, que al declarar la guerra a la Retórica presumen de muy innovadores caen en el más lejano primitivismo, en la onomatopeya y en la incoherencia emocional. No son literatura, que supone forma, selección y concordia en la expresión. So pretexto de subjetivismo, de expresión pura e inmediata, confunden la obra con los materiales. Un montón de ladrillos no es un edificio.

Tuvimos en el siglo pasado un precursor de estas licencias poéticas, cuya sombra, en vista de lo que sucede en el patio de las Musas, está reclamando a voces una rehabilitación. Era un poetastro llamado Estrada, sino recuerdo mal, que publicaba un periodiquito titulado *El Pistón*. Hacía de todo: acústicos, onomatopeyas, una gran variedad de ruidos poéticos. Poetastro he dicho atendiendo a la opinión en que le tuvieron sus contemporáneos. Pero ¿quién sabe si era un genio desconocido, a quien no comprendió un público prosaico o pervertido por a epístola de Horacio a los Pisones? Es muy probable que otro gallo le cantara a Estrada si hubiera nacido lustros después, en los días de la anarquía poética.

El Sr. Marinetti explicó con modestia el sentido del futurismo como un movimiento animador y una exaltación de los valores juveniles. *Giovinezza*, cantan los fascistas, de quienes Marinetti fué el precursor, el Bautista, usando de esta comparación tan desproporcionada, como las usaban nuestros autores del siglo XVII, mezclando lo humano y lo divino en imágenes familiares, que no tenían intención de irreverencia. *Juventud, divino tesoro*, dijo Rubén. Pero la juventud no es un mérito; es una ventaja, una estación agradable y brillante de la vida, y los disparates no tienen edad, ni cambian de naturaleza porque los profieren labios juveniles. A lo sumo, pueden alcanzar algunas indulgencias.

Andrenio

(*La Voz*. Madrid).

Los dos futurismos

= De *La Libertad*. Madrid. =

Marinetti ha pasado por España; y tras él, como último destello de una pirotecnia ocasional, su futurismo. Parábola descendente de un cohete, la palabra que en sus labios quiso ser grito de rebelión ha acabado por agacharse, sumisa como un perro, a los pies del domador más típico de la hora fugaz en que vivimos: Mussolini. El fuego de artificio, la pirueta del acróbata y del *clown*, el látigo del domador... A pesar de las apariencias, la asociación de esas imágenes es lógica, aunque se trate del sumo ilogismo. Pero conviene señalar la irónica suerte de algunas estridencias: se comienza por lanzar, después del son agudo de la trompeta anunciadora, una proclama estrepitosa que deje estupefacto al buen burgués. Contra el tópico de las admiraciones consagradas se esgrime el fácil antitópico que derribe aquellos ídolos. Cómoda inversión de valores. Estallan las negaciones como tracas; brillan las metáforas nuevas como ruedas de fuego; vuelan al cielo las imágenes imprevistas que se deshacen luego en cintajos de luz multicolor. Una juventud, ansiosa de renuevo, al husmeo de la originalidad, como al de una virgen por desflorar, acude al reclamo con generosa ilusión. Suenan los manifiestos como clarines. ¡Abajo las tradiciones! ¡Al fuego los museos! ¡Paso a la belleza nueva!

Pero tras ese hombre va creciendo, en su patria, una juventud peligrosamente ávida de extrañas inquietudes. Marinetti no pertenece a ella; pero el vino de su copa carnavalesca puede embriagarla. Marinetti es el escritor de *Le Roi Bombance*, ágilmente formado en el mariposeo de París. Allá lejos queda su Italia, que no quiere ya ser el eterno museo, ofrecido a la trivial admiración de turistas y pedantes. Una generación propicia a esas fiebres de aparente rebelión iba formándose. La guerra fué para ella a manera de un gimnasio de profunda deformación espiritual. Después, la sentimentalidad pueril y aparatosa del nacionalismo aprovechó esas mocedades para lanzarlas a la lucha social contra la irrupción prematura de los obreros. Y vino el *condottiero*, que supo poner al servicio de una obra destructora de la gran herencia romántica y libertadora aquel frenesí de mozalbetes. Si Gabriel d'Annunzio

era el coturno de esa cohorte escénica, Marinetti sería el zueco funambulesco...

¿Futurismo? ¡Lágrimas de las cosas! ¡Profunda ironía de las designaciones! La nota nueva que aportaban esas mesnadas era el retorno a la violencia cavernaria, el *manganello*, el homicidio colectivo, y, sobre todo, la suprema humillación del purgante, para gozarse en la pobre inmundicia corporal. Y hubo un público de admiradores internacionales para ese espectáculo...

¡Futurismo! Renovación! ¡Remozamiento! El flamante fundador había procurado agudizar sus estridencias hasta los honores del proceso, para emular las viejas sombras de Hugo, de Baudelaire, de Flaubert. Ahí está el recuerdo de la novela *Maforka il Futurista*, con su famoso capítulo *Lo stupro delle negre*. Pobre fantasía espoleada hasta el absurdo. Al propio tiempo, las proclamas, falsamente poéticas, de *Distruzione* competían con el vocerío vanamente pueril de los que preparaban el asalto de Roma... Retórica de primarios. Y así, la lamentable gesta acabó siendo la más *preteritista* de las campañas: la destrucción de la herencia revolucionaria, romántica y garibaldina; el retorno a un antiguo régimen sin la excusa del sentido aristocrático; la vuelta a un maquiavelismo sin la compensación de una Florencia medicea...

***

Así, la palabra futurismo ha ido cayendo en una significación ridícula, grotesca. Y muy pronto se extinguirá el recuerdo de esa moda fugaz, como el de tantas otras que sirvieron un día para alimentar la ilusión del eterno *snobismo*.

Pero... ¿me será permitido recordar que, modestamente, yo inventé la palabra *futurismo* para designar un concepto muy diverso del que quiso luego significar con ella Marinetti, el cual pudo conocerla por un comentario que me dedicó Marcel Robin en el *Mercure de France*? No me propuse crear ninguna escuela artística, ni asombrar al buen burgués con fáciles estridencias. Quise únicamente denominar un estado de espíritu, una naturaleza personal: la del hombre que logra sustraerse a la influencia del medio y de la época, participa en una psicología venidera y es conciudadano de una sociedad futura.

No es dudoso que esa espiritualidad existirá siempre, como caso de excepción, entre los hombres. El concepto y la palabra futurismo, en tal acepción, son superiores a las contingencias ocasionales de una veleidad estética. Son nociones correspondientes a una idealidad —y a una realidad—eternas. ¿Por qué, entonces la usurpadora interposición de un significado anecdótico, ocasional, efímero, habría de inutilizar o desacreditar la palabra nacida para reflejar exactamente un significado eterno?

El alma profética del futurista, en esta acepción, será la señal de las distinciones aristárquicas. Conforme se depure la conciencia de las sociedades humanas, mayor será su sentido evolutivo, su noción de un devenir incesante. Y los escogidos serán los que mejor sientan ese tacto misterioso de porvenir a través de las tinieblas y sepan acordar sus latidos con el palpitar del corazón futuro. Si examinamos con ese criterio la persona de los grandes antepasados, la veremos como proyección de luz que traspasa las descendencias. Es el sentido opuesto a la leyenda de oro de los patrioteros (*Filia*, por oposición a *Patria*); la ilustración guiadora de los hijos, superadores de nosotros; ilusión que no puede todavía ser desmentida por la fría verdad histórica y que aunque nunca debe tener realidad, será el excitante de un camino de perfección, que es mejor que no termine nunca.

Veo recogida en algún diccionario novísimo (Espasa, Pallas) esa acepción, para mí prevalecedora, del futurismo. Y no siento por ello una pequeña vanidad de inventor, sino un deseo de poder llamarme, sin pedantería, futurista.

Gabriel Alomar

Elegía de Sayula

¡Hasta que llovió en Sayula!
Folklore mexicano.

A José Vasconcelos,
a Rubén Martínez Villena

I

Por campos de Jalisco, por predios de Sayula—
¡donde llovía a cántaros!—ensueños fui a espigar.
Cantaban unos jóvenes, y sus bellas canciones
las muchachas del pueblo salían a escuchar...
Busco una vida simple,—y, a espaldas de la Muerte,
no triunfar, no fulgir, obscuro trabajar;
pensamientos humildes y sencillas acciones,
hasta el día en que al fin habré de reposar...

—¡Imaginaciones!
¡Imaginaciones!

II

Esta tierra es muy suave, muy tibia, nada infértil,
y la fecundan largos ríos de dolor.
Arando, arando iban, cantando unas canciones,
y yo pensé en Romelia y en su inconfeso amor.
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,
como eres tú, Romelia, como Guadalajara.
¡Qué maravilla! Huertos que enflora la astromelia
en musical silencio perfuman los salones...
...Vivir aquí, labrando un predio de Sayula,
porque me diese un día, regado de sudor—
ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones—
¡paz! ¡paz en mis entrañas! ¡silencio en mi redor!

—¡Imaginaciones!
¡Imaginaciones!

III

Ala del tiempo...
Ala del tiempo...
Há mil años, ya un pueblo formaría
con polvo de hombres una ruín alfarería...
Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,
y en mi frente—un incendio de florestas—
fluye tu cabellera perfumada...
Sayula está de fiesta
porque llovió; la luna sublima los magueyes,
me dan vino, y... ¡México es tierra de elección!—
—«Mi padre» (cuenta un joven) «tiene cinco yuntas de bueyes...»—
Cruzan la honda noche ráfagas de maizales,
y un júbilo de júbilos nos llena el corazón.
Silencio por las montañas...
Luces en las cabañas...
Un lecho de espadañas que abrasará el estío,
y tú, fantasma bruno, que siempre me acompañas...
¡Dadme vino y llenemos de gritos las montañas!

—¡Imaginaciones!
¡Imaginaciones!

IV

...Bajo el portal caduco vine a buscar sosiego.
Rendidos de cansancio, en la tierra desnuda
duermen una mujer, un niño, un labriego.

Se mira arder la noche
cuajada de cocuyos.

Sin ningún pensamiento, sin dolor exaltado—
¡nada más la fatiga de un día! ¡nada más!—
sobre la tierra dura, desnuda, estoy echado.
El niño, friolento, comienza a sollozar...
¡Oh, pobre india estúpida: tu hijo está llorando:
arrúllalo en tus brazos y dale de mamar!

Porfirio Barba-Jacob

(*Universidad*. Bogotá). México, 1922.

La situación de Honduras

Desde el fondo de las montañas de Nicaragua, convertidas en reducto de la soberanía latinoamericana por el ejército de Libertadores nicaragüenses, a 13 de Abril de 1928.

Al amigo J. García Monge,

Querido compañero:

Anoche llegué a los campamentos del General Sandino. Vine en representación del C. C. ¡Manos fuera de Nicaragua! a traer la ayuda de los antimperialistas del continente para los heridos del ejército de Libertadores. Usted no se imagina, no puede usted figurarse, la magnitud de esta tragedia, la ferocidad de los invasores, la grandeza y el heroísmo de estos patriotas. Con más calma le escribiré sobre todo lo que he visto.

Le acompaño para el Repertorio Americano *unas pocas impresiones de mi paso por Honduras.*

Con un fraternal saludo antimperialista.

Gustavo Machado

El revolucionario latinoamericano, el que mira los acontecimientos a través del prisma de la nueva ciencia, experimenta en nuestros países sorpresas cada vez que se detiene ante un hecho político o trata de sacar conclusiones de una situación determidada. Los acontecimientos nos sorprenden y nos asustan y concluímos, sin profundizar en la esencia económica de los fenómenos sociales, que todas las cosas suceden al revés, que tenemos una *idiosincracia* muy nuestra, que los principios generales aplicables a los demás países se estrellan en nuestro medio. Esto pasa con cada una de las *repúblicas* en que se divide la América Latina.

Centroamérica es, seguramente, la que más sorpresas reserva al viajero. Cinco países débiles, sangrados por la política primitiva del caudillismo, intervenidos económicamente por el imperialismo y, en muchos casos, en la forma violenta de la ocupación militar. Sus destinos se encuentran en las manos rubias de los ladrones del Norte. Los partidos históricos en que se han agrupado las dos facciones legales de explotadores, liberal y conservador, han servido sucesivamente de instrumento al esclavizamiento del país. La opresión política, la explotación inícua del obrero y del campesino es más violenta, más arbitraria que en la América del Sur o en México y se justifican con argumentos medioevales. La desorientación política es más aparente entre los intelectuales y entre los *patriotas*. Defienden la soberanía nacional, en nombre de la raza y del espíritu hispanoamericano e ignoran totalmente la verdadera situación económica del país y la naturaleza de la fuerza que lo oprime. Contra el imperialismo se usan todavía argumentos románticos y el girondinismo político sigue inspirando a los espíritus más puros. La clase productora apenas comienza su reorganización; su lucha contra el imperialismo la pone «fuera de la ley» y sólo encuentra garantías en la adhesión de uno de los dos partidos políticos, ambos compuestos de enemigos de clase.

Honduras es quizá el más ignorado de los cinco países que deberán fundar la Unión Centroamericana. Sólo se conocen sus constantes revueltas, su espíritu aguerrido y la sinceridad de su centroamericanismo. El hondureño es el mejor soldado de Centroamérica. Con orgullo repiten la frase de un célebre General mexicano: «Honduras es el México de Centro América», refiriéndose a su espíritu bélico.

Tegucigalpa, la supuesta capital de la Unión, es una ciudad muerta, habitada por políticos de profesión, asesinos políticos de la misma clase, vagos en espera de una revuelta política. Su comercio está en manos extranjeras. Su ambiente es estrecho, provinciano. El poeta Froylán Turcios, representante del general A. C. Sandino, ha hecho despertar hacia este rincón de América un interés especial en todo el mundo.

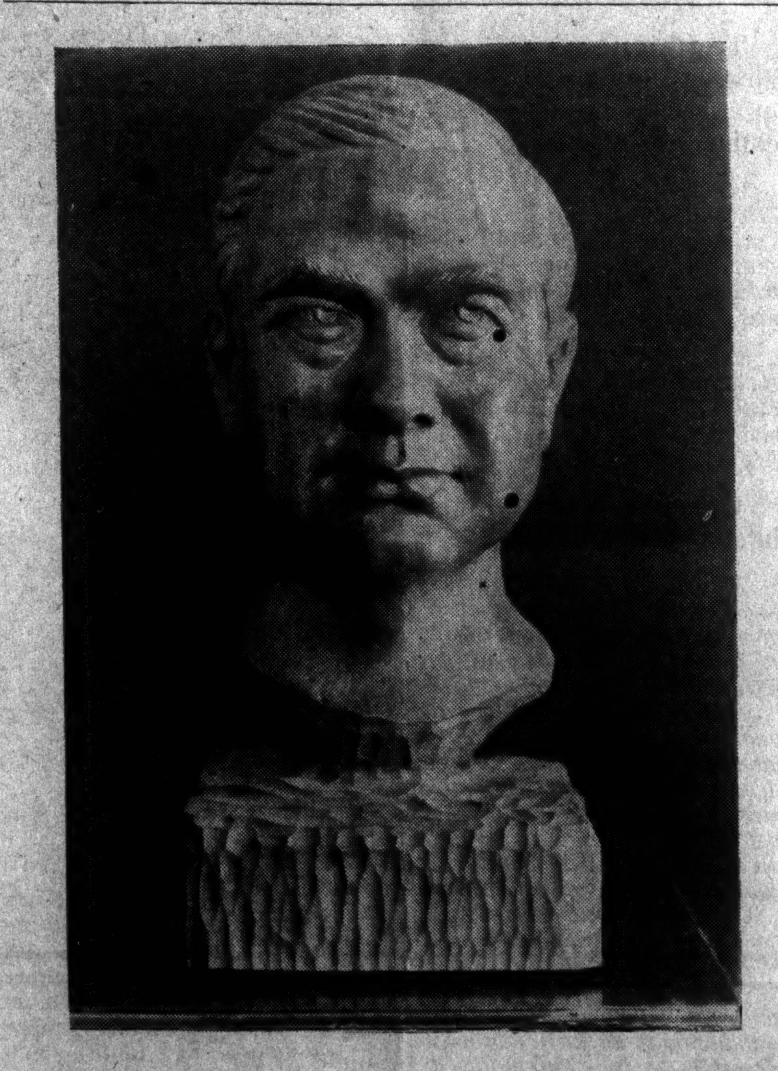
La lucha política entre los dos Partidos históricos se inicia clara y agresiva. El conservatismo (Partido Nacional) designó al General Tiburcio Carias. El liberalismo a un Doctor sin prestigio suficiente. El combate era desigual. El ejecutivo actual, apesar de sus manifestaciones de imparcialidad, apoya franca y energicamente al *cariismo*, quien goza además de todo el apoyo y la confianza de Washington. Sólo queda a los liberales una solución: renunciar a su candidato de partido y postular—o hacer que lance su candidatura independiente—el General Vicente Tosta, ex-Presidente de la República y el general hondureño de mejor estrella militar. Los liberales, conscientes de su error, tratan hoy de hacerlo venir a la capital para concluir un pacto político. El ejecutivo, por su lado, trata de evitar este acuerdo.

La situación de Honduras es sumamente grave. La guerra civil será inevitable si no se llega a un acuerdo entre el liberalismo y el general Tosta. Si el acuerdo se realiza, con o sin guerra, el Gral. Tosta tiene todas las probabilidades de triunfo. Queda sólo pendiente el factor decisivo, la fuerza avasalladora que dicta sus leyes a la política capitalista del mundo: el imperialismo yanqui. Esto es decisivo porque significa para Honduras una nueva etapa en su vida pública.

¿Nicaragua en Honduras? ¿Los marinos, la ocupación militar extranjera de las ciudades hondureñas, el iucendio y la desolación de los campos, el asesinato de los campesinos, la guerra sin cuartel en las montañas? ¿Aparecerán los Moncadas? ¿Sandino será emulado por el espíritu bélico hondureño?

Los acontecimientos políticos que se desarrollan en Honduras tendrán su repercusión inmediata y decisiva sobre la emancipación de Nicaragua.

Washington ha puesto su veto a la amnistía de la emigración liberal en Guatemala. La guerra civil y la intervención militar yanqui colocarían al Partido Liberal hondureño en la misma situación en que se encontró Sacasa antes del Pacto de traición firmado por Moncada con Stimson. Existe una diferencia y una enorme interrogación. El Partido Liberal hondureño cuenta entre sus filas con los mejores militares del país, entre los cuales se destaca el muy conocido General Ferrera, actualmente en Guatemala. Tipo casi legendario en América Latina, de quien



Cabeza de Rubén Darío,

tallada en madera por el escultor Roberto de la Selva y adquirida para colocarse en la Sala de Recepciones de *La Nación* de Buenos Aires por el Director de dicho diario, don Jorge Mitre.

Nueva York, marzo, 1928.

los periódicos han informado erróneamente encontrarse con Sandino. Además de contar con los mejores militares es apoyado por todos los antimperialistas y aún por los sin partido que simpatizan con la causa de Nicaragua. La gran interrogación la constituye el General Vicente Tosta. ¿Pactará con los yanquis? Estoy seguro que ni él mismo puede responder. Todo depende de la fuerza de cohesión que imprima el liberalismo a su organización, de su programa de acción, de la unidad y energía disciplinaria que tenga en sus decisiones.

Los antimperialistas del Continente deben poner atención cuidadosa en el desenvolvimiento de la lucha eleccionaria en Honduras. El régimen actual, encabezado por un hombre sin poder y sin prestigio en la nación, cumple servilmente las órdenes del Ministro Norteamericano contra toda manifestación favorable a los libertadores nicaragüenses y prohibe con terribles amenazas todo intento de ayuda. El Dr. Miguel Paz Barahona fué salvado de la destitución por el Ministro Norteamericano. Él sabe que no cuenta con fuerzas propias que defiendan, el *carismo* gobierna a su antojo. A este pobre viejo malhumorado lo aterra el solo nombre de Sandino y cada vez que le llega una denuncia relacionada con la posible ayuda, el paso de algún valiente de lejana tierra latinoamericana dispuesto a incorporarse al ejército de libertadores, se enfurece, se preocupa; su celo y su agradecimiento por su *protector* le hacen dictar órdenes de captura; el bloqueo se intensifica; la orden de apuñalear por la espalda a los patriotas latinoamericanos es trasmitida por telégrafo a todos los puntos de la frontera. Y, oficialmente, hipócritamente, el lenguaje de la diplomacia sigue hablando de UNIÓN Y FRATERNIDAD de Hispanoamérica.

Los antimperialistas del Continente deben manifestar ante la representación diplomática de Honduras su gesto condenatorio de la infame traición realizada por el Gobierno de Honduras contra la lucha de emancipación de América Latina, simbolizada, concretada en estos momentos angustiosos en un puñado de valientes de todos los países de América. La lucha de Nicaragua es la lucha de América Latina. Todos los antimperialistas del Continente tienen que ayudar sin pérdida de tiempo, ayuda moral y ayuda material. La América Latina ha de probar esta vez a los imperialistas yanquis y a los traidores nacionales que Nicaragua defiende la soberanía continental, que el Gobierno de Honduras la traiciona y que está dispuesta a todos los sacrificios en su defensa.

GUSTAVO MACHADO

Representante del Comité Central del Frente Unico ¡Manos fuera de Nicaragua. Administrador de *El Libertador*.

Tegucigalpa, abril de 1928.

Tablero

1928

A propósito del cuento de Burgos que en esta entrega damos, las siguientes palabras de nuestro querido *P. H. U.*, en carta de La Plata, 17 de marzo de 1928:

Y ya que le llegan *La Prensa* y *La Nación* de los domingos, se me ha ocurrido que podría usted reproducir algunos cuentos argentinos de asunto indio, por vía de respuesta tácita a las extrañas afirmaciones de Lugones sobre la desaparición del indio en la Argentina. Se dedican al indio Fausto Burgos, Juan Carlos Dávalos, a veces Alfredo Bufano, y tres o cuatro escritores más. Al indio, y al mestizo, que es prueba también.

En este mes de abril pasado, inició Alberto Gerchunoff, en Buenos Aires, la publicación de un gran diario: *El Mundo*.

Es posible que en este año Eduardo Uribe publique, en Buenos Aires, un tomo de «poemas acrobáticos» con el título de *Tobogán*. El libro está listo.

Luis Araquistain nos remite su último libro:

La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el Mar Caribe. Impresiones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1928.

Visiones claras de la realidad, verdades desnudas, dolorosas. Libro de meditación y acción en esta hora crítica de nuestra historia.

Extractaremos algunas páginas para el *Rep. Am.*

Disponemos de varios ejemplares para la venta. A **₡ 3.50** el ejemplar.

También nos llegan, amable envío, estos libros, que, como el anterior, tanto estimamos y agradecemos:

Arturo Capdevila. (Charcas, 779. Buenos Aires). *Mélpómene*. Canto de Augur santificado sea... Profecía y otros Poemas. **5.ª** edición. Cabaut & Cía. Buenos Aires. 1928.

José María Chacón y Calvo: *Ensayos de Literatura españala*. Madrid. Librería y Casa editorial Hernando, 1928. Calle del Arenal, numero 11.

Considérense las palabras iniciales:

No sólo por un motivo de honda gratitud consagro este libro humilde a la memoria de Justo de Lara. También quisiera afirmar con este sencillo homenaje el nexo tradicional que me une, en la aspiración y en el intento nada más, con la obra llena de ponderación y equilibrio, mesurada y amplia a un tiempo, del crítico cubano, que tantas veces se llamó discípulo del caudaloso Menéndez y Pelayo.

Todo lo que no es tradición es plagio. *Recordemos la afirmación fecunda de la estética de Eugenio d'Ors. Pensemos en estas palabras frente a las simulaciones de la modernidad. Creamos en la continuidad del esfuerzo humano. Sintamos que en la verdad del pasado, de nuestro pasado, está en potencia nuestra verdad de hoy.*

J. M. CH.

Contenido del libro:

Cervantes y el Romancero. Puntos sutiles del *Quijote*. Una antología de prosistas. El Conde de Olinos. Nueva *Vida de Lope de Vega*. El Poeta de Soria Humanista y Embajador.

Señas de escritores:

Elena Torres: 5701. Keniwood Ave. Chicago, Ill. U. S. A.

José Pla: Avenue Pictet de Rochemont, 24. Geneve. Suisse.

Salomón de la Selva: 100 Roger Ave. Brooklyn, N. Y. E.E. U.U.

José Mía. Chacón y Calvo: General Pardiñas, 32. Madrid. España.

Santiago Argüello: Villa Graciella. F. Esq. 15. Vedado. La Habana. Cuba.

Franz Tamayo: Loaiza 26. La Paz. Bolivia.

Rafael Cardona: Gral. Prim 31. México, D. F. México.

Palabras de don Andrés Bello en 1831:

La política de los Estados Unidos es para nosotros un objeto de grande importancia por el influjo que necesariamente debe ejercer en la suerte de las nuevas naciones americanas, y por el peso que tendrá siempre en las cuestiones de derecho internacional el ejemplo de aquella poderosa potencia.

Del rector Bello, refiriéndose a la Universidad de Chile (1861):

La enseñanza está postrada. No hay estudios filosóficos. Sólo dominan en ella ciertas conveniencias a las cuales está encadenado el espíritu de la juventud que se educa.

Etimología. — Querer, procede del latín *quaestio*, que significa cuestión, problema y, al propio tiempo, petición o demanda. Y toda la erótica se resuelve, como la vida toda, en innumerables erotémata, como decían los griegos, en los enigmas más angustiosos de la interrogación.—Cita de ***Gustavo Pittaluga.***

Referencia. — Rodrigo Caro daba reposo a su altísima inspiración arqueológica para observar los juegos de los niños, recoger sus fórmulas tradicionales y hacer así, en un ambiente delicioso de segunda y prolongada infancia, el más curioso de sus libros, los *Días geniales e lúdricos*...—Cita de ***José Mía. Chacón y Calvo.***

Caso ejemplar—De un excelente ciudadano, don Yanuario E. Arroyo, vecino del Naranjo:

Ahora como ayuda a su *Repertorio* me permito mandarle adjunto un cheque n.º 25736 por **₡ 25.00** a cargo del Banco de Costa Rica».

¡Actitud reconfortante! El Editor del *Repertorio* siente como que renace para la lucha. ¡Al fin cansa la modorra!



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Una trampa para cazar ratones

Érase un viejecito macrobio, de un feo contra el hipo, con dos dientes ermitaños en las encías, con más arrugas que fuelle de órgano, que vivió en Arequipa por los años de mil setecientos y pico. Su nombre no ha pasado a la posteridad; pero los muchachos de la tierra del *mocontuyo* y del *misquiricheo* lo bautizaron con el de don Geripundio.

Nuestro hombre era hijo de los montes de Galicia, y en una tienda de los portales de San Agustín se le veía de seis a seis, tras el mostrador, vendiendo bayeta de Castilla y paño de San Fernando. La fortuna debió sonreírle mucho, porque fué de pública voz y fama que era uno de los más ricos comerciantes de la ciudad.

Don Geripundio jamás ponía los pies fuera del umbral de su tienda, y con el último rayo de sol echaba tranca y cerrojo, y no abría su puerta a alma viviente. Bien podía el Misti vomitar betún y azufre, seguro de que el vejete no asomaría el bulto.

Vestía gabardina color pulga, pantalón de pana a media pierna, medias azules y zapatones. Su boca hundida, de la que casi todos los dientes emigraron por falta de ocupación; su nariz torcida como el pico de un ave de rapiña, y un par de ojillos relucientes como los del gato, bastaban para que instintivamente repugnase su figura.

Las virtudes de don Geripundio eran negativas. Nunca dió más que los buenos días, y habría dejado morir de hambre al gallo de la pasión por no obsequiarle un grano de arroz. Su generosidad era larga como pelo de huevo. Decía que dar limosna era mantener holgazanes y busconas, y que sembrar beneficios era prepararse cosechas de ingratitudes. Quizá no iba en esto descaminado.

Pero este hombre ¿tendría vicios? *Nequaquam*.

¿Jugar? Ni siquiera conocía el mus o la brisca.

¿Beber? ¡Ya va! Con una botella de catalán en un litro de agua, tenía de sobra para el consumo de la semana.

¿Le gustarían las nietas de Adán? ¡Quiá! Por lo mismo que por una mujer se perdió el mundo, las hacía la cruz como al enemigo malo. Para él las mujeres eran mercadería sin despacho en su aduana.

¿Cumplía tal vez con los preceptos de la Iglesia? ¡Quite usted allá! Adorador del becerro de oro, su dios era el cincuenta por ciento. Ni siquiera iba a misa los domingos.

Eso sí, como el desesperado cuenta siempre con un cordel para ahorcarse, así un amigo podía contar con él para un apuro; se entiende, dejándole en prenda una alhaja que valiera el cuádruplo y reconociéndole un interés decente.

Cuentan de don Geripundio que una tarde llegó un mendigo a la puerta de su tienda y le dijo:

—Hermano, una limosna, que Dios y la Virgen Santísima se lo pagarán.

—¡Hombre!—contestó el avaro—, no me parece mal negocio. Traéme *un pagaré* con esas dos firmas, y nos entenderemos.

Tanta era la avaricia del gallego, que con medio real de pan y otro tanto de queso tenía para almuerzo, comida y cena. Así estaba escuálido como un espectro.

No tenía en Arequipa quien bien le quisiera. Ni sus huesos podían amarlo; porque después de tenerlos de punta todo el santo día, los recostaba de noche sobre un duro jergón que tenía por alma algunos centenares de peluconas.

Este viejo era de la misma masa de un avaro que murió en Potosí en 1636, el cual dispuso en su testamento que su fortuna se emplease en hacer un excusado de plata maciza para uso del pueblo, y que el resto se enterrase en el corral de su casa poniendo de guardianes a cuatro perros bravos. En ese original testamento, del que habla Martínez Vela en su *Crónica Potosina*, mandaba también aquel bellaco que a su entierro, y lujosamente ataviados a costa suya, concurriesen todos los jumentos de la población. Así dispuso el miserable de tesoros que en vida para nada le sirvieron.

Una mañana don Geripundio no abrió la tienda. Aquello era un acontecimiento, y el vecindario empezó a alarmarse.

Por la tarde dieron aviso al corregidor don Ramón Vargas, caballero del hábito de Santiago, quien seguido de escribano y ministriles encaminóse a los portales de San Agustín. Rompióse la puerta, y por primera vez penetraron profanos en la trastienda que servía de dormitorio al comerciante.

Allí lo hallaron rígido, difunto en toda regla. En torno de su cama se veían algunos mendrugos de pan duro y cortezas de queso rancio.

Don Geripundio había muerto ahogado de la manera más ridícula.

Atraído por el olorcillo del queso, y aprovechando el profundo sueño del avaro, un pícaro ratón se le entró por la boca y fué a atragantársele en el esófago.

Convengamos en que hay peligro en cenar queso, porque se expone el prójimo a convertirse en trampa para cazar ratones.

RICARDO PALMA.

Perú.

La araucaria de don Mauro

Hay en el patio central de la vieja casa de don Mauro, una araucaria sembrada. Todavía vivía el dueño de la casa cuando fué puesto allí el pequeño árbol exótico.

Supongo que fué obsequio de un amigo, tal vez mejor, de un discípulo suyo. Hemos visto ese arbolillo cuando comenzó a crecer: lo hemos visto en su infancia, en su adolescencia; tal vez ya no en su juventud. Ese árbol extraño ha presidido, en cierta manera, la vida íntima de la familia: a su alrededor han pasado, en la constante actividad del día, todos cuantos formaban la familia de don Mauro, por muchos años. También la biblioteca de don Mauro miraba hacia el patio: abría sus grandes ventanas, casi majestuosas, amigas del aire y de la luz. Por esas ventanas, ese noble hombre ha lanzado una y otra mirada hacia el árbol que va creciendo. Después va a comenzar la tragedia de la vida. Primero se irá un hijo. Otro día se irá don Mauro. Hay un precioso cuento japonés, recogido por Lafcadio Hearn, en que un hombre, de una alma profundamente generosa, ofrece su espíritu para vivificar a un árbol, a un cerezo japonés que va agotándose por falta de sustancia. El cerezo seguirá floreciendo cada año, en una belleza que corresponde a la excelencia del

sacrificio hecho en su favor. Don Mauro, que siempre se dió a todo interés alto con un perfecto desprendimiento y con un superior concepto del sacrificio, ¿no ha dado su grande espíritu para vigorizar el árbol que preside la vida del hogar como una preciosa divinidad? Ya la casa ha quedado solitaria: ya no se oyen los cantos y las risas de las niñas; ya no vuelan hacia el árbol las plegarias de las mujeres piadosas; ya no se amparan a su sombra los hijos. El árbol se va quedando solo, cada vez más solo, y sin embargo sigue creciendo. El sigue representando la vida en la vieja casa de don Mauro. Va creciendo, se va convirtiendo en grande árbol: ahora asoma sobre el techo de la casa; más tarde, un primer círculo de ramas se balancea sobre las tejas de la casa abandonada; años después aparece un segundo círculo, un tercer círculo: el árbol no se detiene en su crecer fatal o inevitable. Digamos: pasa de su adolescencia, se hace joven, alcanza la edad de la madurez comienza a envejecer. ¿Cuántos años tiene este árbol? ¿Cuántos años va a durar más? Allí está, en medio de las ruinas de la casa de don Mauro, todavía fuerte, todavía en pie, todavía con un brote en la cumbre, renovándose perpetuamente.

La casa ya nada tiene de la antigua majestad de la casa que habitó el Maestro: todo va desapareciendo en ella: las baldosas de los amplios corredores, las maderas de las puertas y ventanas; aún las paredes. Pero la araucaria continúa representando el antiguo ritmo del hogar desaparecido. El viento canta en sus ramas circulares; los pájaros que vienen de las montañas indígenas allí se detienen un instante antes de emprender el vuelo en una gloriosa emigración hacia selvas desconocidas. Desde que don Mauro se ha ido hasta ahora, el mundo de la ciudad se ha transformado poco a poco: es más grande, es más expresiva, es más representativa. El árbol es el testigo de todo esto. También, conforme a los deseos profundos de don Mauro, la República ha ganado en sentido: sirve bien a la libertad, sirve a la justicia, sirve al bien de todos. El árbol acaso no sea indiferente a nada de esto. Ahora ya es un grande y completo árbol: también su dueño fué un grande y completo hombre. Mientras la araucaria exista vigilante, severa, majestuosa, ella seguirá pareciendo como una divinidad que guarda los tesoros de una vida eximia, para advertencia de todos los que miren el brote de su más elevado extremo.

Costa Rica. RÓMULO TOVAR



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica